EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

EL PODER DE LA IMPOTENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

EL PODER DE LA IMPOTENCIA

EL PODER DE LA IMPOTENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el teatro de la COMEDIA la noche del 4 de Marzo de 1893.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
V. VELA, SUCESOR DE J. RODRÍGUEZ
4, CALLE DE LAS CONCHAS, 4

1897

PERSONAJES	ACTORES
PAQUITA, 20 años.............	SRTA. GUERRERO.
RAFAEL, 23 ídem.............	SR. THUILLIER.
DON PANTALEÓN, tío de los anteriores, 50 ídem............	» CEPILLO.
DOÑA ENCARNACIÓN, esposa del anterior, 48 ídem............	SRA. ALVERÁ.
DON REMIGIO, 70 ídem.........	SR. MARIO.
DON MIGUEL, pintor, 54 ídem...	» BALAGUER.
DON LINO, crítico de artes, 26 ídem........................	» GARCÍA ORTEGA.
DON ZACARÍAS, de raza judía, 66 ídem.....................	» URQUIJO.
DOÑA DOLORES, madre de Paquita, 52 ídem...............	SRTA. CANCIO.
UNA CRIADA.................	» NESTOSA.

Escena contemporánea.



ACTO PRIMERO

La escena representa una sala modesta. Muebles de distintas clases: unos buenos y flamantes, otros ya viejos y estropeados: conjunto abigarrado. En los cuadros y adornos lo mismo: una mezcla confusa y anti-artística: obras y objetos de mérito revueltos con otros vulgares. Todo ello da idea de la casa de un prestamista rico: atmósfera de sordidez. En primer término, una mesa con papeles, legajos, tintero muy grande y varias plumas, salvadera también muy grande y negra; un quinqué apagado, dos ó tres pliegos con dibujos, caja de colores y pinceles. También en primer término un sofá antiguo. Puerta en el fondo que da á un corredor de cristales. Dos puertas á la derecha; á la izquierda uu balcón. El balcón cerrado; la sala á oscuras completamente.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL y PAQUITA

Rafael sentado junto á la mesa: ha dejado caer la cabeza sobre ella, y duerme profundamente. Paquita entra por la derecha.

PAQ. ¡Toma! ¡toma!... ¡A oscuras!... ¿Cómo no han abierto aquí? Pues ya son más de las nueve. (Abre la primera ventana que encuentra, mira alrededor y repara en Rafael.) ¡Rafael!... ¡Pobre Rafael! ¡Se quedó dormido! ¡Estaría trabajando toda la noche y le venció el cansancio!

(Sigue abriendo el balcón, la puerta del fondo y la otra ventana.) Claro, ¡un fárrago de cuentas! ¡Cuentas á él, que las odia! ¡Números á Rafaelito, que está siempre volando por el cielo azul!... ¡Y en esos revoloteos yo también te acompaño, Rafaelito! Tenemos los mismos gustos, damos los mismos aleteos, y sufrimos las mismas penas. A él le gusta la música, la poesía, la pintura... ¡ah! ¡la pintura sobre todo!... y á mí, eche usted otro tanto. No, á mí me gusta lo que le gusta á él. Si le gustasen los toros y las riñas de gallos... nada, á mí lo mismo. Pues no señor, á él, que está siempre pensando en cosas hermosas, le dan el libro de caja, el libro de préstamos, los inventarios de muebles, alhajas, vestidos, ¡qué sé yo! Y á mí... á mí peor: el lavado, el planchado, el zurcido, la compostura de pingajos, y por coronación, con sus cacerolas y sus sartenes, ¡la cocina! ¡Bonita vida! (Pausa. Después de contemplar de cerca á Rafael.) ¡Ay, Dios mío! si no fuera por ti, ¡qué triste sería la vida! (Pausa: contemplándole de nuevo.) ¡Un sueño de plomo! Estaría trabajando toda la noche. ¡Qué pálido está! ¡Pero vaya si es guapo! Apuesto una riña de doña Encarnación contra una jota aragonesa á que sueña conmigo, con su Paquita. ¡Rafael! ¡Rafael! (Despertándole suavemente.)

RAFAEL. (Sin despertar del todo.) ¡Quita!... ¡quita!

PAQ. (Con alegría.) ¿No lo dije? «¡Quita, quita!» Es decir, Paquita, Paquita; sólo que el principio de la palabra no se le oye. ¡Rafael!... ¡Rafaelito!... Voy á darle un susto. ¡Despierta, que vienen don Pantaleón y doña Encarnación! (Ahuecando la voz.)

RAFAEL. ¿Eh?... ¿Qué?... ¿Quién?... ¡Don Pantaleón!... ¡Doña Encarnación!

PAQ. ¡Dormilón!

RAFAEL. ¡Paquita!

PAQ. Yo soy. Pero si *él* te coge durmiendo, ¡buena la hicimos!

RAFAEL. Monina, estando tú á mi lado, ¿qué me importa mi

tío, ni qué todos los tíos del mundo? ¡El buho sale de noche! ¡La alondra anuncia la mañana!

PAQ. Una alondra que hace dos horas que está planchando.

RAFAEL. ¡Infamia! ¡indignidad! ¡tiranía! ¡horror!

PAQ. ¡No, hijo: sería muy bonito ver por la mañana temprano á todas las alondras por todos los árboles, con sus planchitas en el pico, planchando las hojas!... Puede ser que lo hagan sin que nosotros lo veamos, y que por eso estén tan lustrosas las hojas por un lado: por el lado de la plancha. (Riendo.)

RAFAEL. ¡Condenación en doña Encarnación y en don Pantaleón!

PAQ. No digas eso. Al fin son nuestros tíos, y nos dan de comer.

RAFAEL. ¡Y nos chupan la sangre! A mí... pase. ¡Pero á tí! ¡á mi Paquita! ¡Chupar la sangre de esas venitas azules tan monas, tan bien dibujadas! ¡Esa red celeste y purísima en que se ha enredado un mariposón! ¿Quién será el mariposón?

PAQ. No es mariposón: es una mariposa. ¡El alma de luz y fuego de un pintor célebre que se llama Rafael... como el otro!

RAFAEL. ¡Un pintor célebre!... Sí... ¡un pinta-monas!

PAQ. ¡Muchas gracias! ¿Ya no te acuerdas? Pues sin que nadie lo sepa me has retratado muchas veces: de modo que si eres pinta-monas, la mona soy yo.

RAFAEL. Ya lo creo que lo eres: mona y monísima. ¿Ahora te desayunas?

PAQ. No: no me he desayunado todavía. Estuve acabando la plancha de ayer, y no tuve tiempo. Y eso que me levanté á las cinco. No soy como ciertos dormilones que amanecen á las nueve.

RAFAEL. ¡Te levantaste á las cinco! ¡Estuviste de plancha! ¡No te has desayunado! ¡Y no quieres que odie á esos verdugos!

PAQ. ¡No seas ingrato! Los pobres hacen por nosotros lo que pueden.

RAFAEL. ¡Los pobres! Avaros repugnantes, que están podridos de dinero. Echa tú monedas de oro en el rincón de un alma, y al cabo de algún tiempo, entre el metal y el alma, ya verás qué barro forman. Él, un prestamista usurero; y ella, una harpía vieja; y los dos, nuestros sayones y verdugos.

PAQ. ¡Vamos, que no repitas esas cosas! No está bien. Los pobres trabajan y ahorran.

RAFAEL. Ya lo creo que ahorran: conmigo, un par de escribientes y otros tantos criados. Y contigo, criada, doncella, cocinera y planchadora. ¡Oh prosa miserable! ¡Tiranía repugnante! ¡Miseria humana! ¡Tener alas y no poder volar! Porque yo tengo alas, y tú también. Y á tí te las recortan las tijeras negras de doña Encarnación. Y á mí me las carga don Pantaleón con toda su casa de préstamos y empeños, ¡pesadumbre inmensa y misteriosa de lágrimas, vicios, crímenes y dolores!

PAQ. De mal humor despiertas, Rafael. No seas exagerado. Nuestros tíos serán... lo que tú quieras, y blandos no lo son; pero nos dan de comer y nos dan casa, y sin ellos, mi pobrecita madre, tan débil, tan enferma, siempre con sus ataques, que la ponen á punto de morir, ¿adónde habría ido á parar? ¡Tú no piensas en estas cosas! Pues esto se agradece. Mejor está aquí mi pobrecita madre cuidada por mí, que en el hospital. ¡Ay, Dios mío, qué ingratos somos!

RAFAEL. Ya, ya... ya lo sé. ¿Por quién sufro yo lo que sufro, sino por tu madre y por tí? Pero pierdo la calma al ver cómo te tratan. A tí, el sér más puro, más angelical, más hermoso, más bueno...

PAQ. Por Dios, Rafael, mira que no sé qué cara poner ni adónde volver los ojos... si levantarlos... si bajarlos...

RAFAEL. ¿Sabes tú para lo que hizo Dios esos ojitos?

PAQ. No lo sé, si tú no me lo dices.

RAFAEL. Para mirar al cielo y que Dios los viese de frente cuando por detrás del sol se asomase á mirarlos.

PAQ. ¿De veras?

RAFAEL. Cabalito. Para eso y no para resquemarse sobre la costura toda la noche á la luz de una lámpara de petróleo, mientras que por detrás del tufo asoma doña Encarnación su cara de diablo viejo.

PAQ. ¡No digas eso! ¡Pobre señora! Vamos, hay que tener paciencia.

RAFAEL. Dices bien, paciencia. ¡Ten paciencia y espérame, que yo seré algo!

PAQ. Serás mucho: por lo pronto un gran pintor.

RAFAEL. No es imposible; pero ¿cuándo será? ¡Pensar que los dos podríamos ser tan felices! ¡subir á todas las alturas, bañarnos en todos los resplandores, saborear todas las dichas! Porque nosotros, Paquita, desengáñate, valemos mucho, y somos mucho, y podemos mucho; porque si el genio... ¡ea, el genio!... (Golpeándose la frente.) y la hermosura y el amor no son potencias divinas y no lo pueden todo, entonces, ¿quién agita las moles? ¿quién tiende los cielos? ¿quién abrasa las almas? Bueno. Pues con todo eso pueden más que nosotros, y nos abruman, y nos aplastan don Pantaleón, y doña Encarnación, y don Remigio, y don Miguel, y toda esa caterva de seres insignificantes.

PAQ. Vamos, Rafael...

RAFAEL. Que me aplaste un mundo, pero que no me aplaste un carro de forraje.

PAQ. ¿Qué remedio, hijo? ¡Si á veces los que no pueden nada, pueden mucho. ¿Tú sabes el cuento del ángel y el ratoncillo?

RAFAEL. No; pero si tú me lo cuentas, me parecerá muy gracioso.

PAQ. Es muy cortito. Iban por un camino muy estrecho, muy estrecho, con un abismo á un lado y otro abismo al otro lado, un ángel y un ratoncillo. El ángel muy hermoso ¡y con unas alas!... Parecía que las había recortado del arco iris. Y el ratoncillo muy avispado y con unos dientecillos que parecía propiamente que los habían sacado de una lima.

RAFAEL. ¿Y á qué iban?

PAQ. Iban por aquel camino estrecho, estrecho, *en competencia*, á conquistar una corona que el sol había fabricado con sus propios rayos para el que llegase antes andando, andando por el caminito. Cuando ya anochecía, se encontraron con que el camino estaba cerrado por un muro de jaspe, muy alto, muy alto, tan alto, que no se veía la coronación. Y dijeron: «Pues ahora á dormir, y mañana, con la luz del día, veremos cómo se pasa.» Y el ángel se echó á dormir, haciendo de las alas almohada de plumas. El ratoncillo, no: callandito, callandito, se fué al muro y quiso subir; ¡pero quiá! estaba muy liso: los ratoncillos no suben por muros de jaspe: cuando más, podrán babearlos. Entonces se fué al ángel dormido, y toda la noche le estuvo royendo las alas; vamos, que no le dejó del plumaje más que el armazón. Con la luz del alba despertó el ángel, se fué al muro, miró hacia arriba, batió las alas, llenando el aire de recortaduras de pluma, subió un poco, se estrelló contra el jaspe, y vino á tierra entre irisados despojos de sus perdidas alas. El ratoncillo, detrás de una piedra, seguía afilándose los dientes y contemplando con sus ojillos de abalorio negro al ángel caído. Conque ya ves tú, que el mísero ratoncillo pudo más que el ángel hermoso.

RAFAEL. Es que yo no me duermo: á mí no me roen las alas: velo por tí y por mí. Lucharemos contra toda esa turba que pretende esterilizar mis energías, matar nuestro amor: Tengo un proyecto: en casa de un amigo he pintado algo: le he escrito á don Zacarías. Ya verás, ya verás: nosotros dos contra todos ellos.

ESCENA II

PAQUITA, RAFAEL y DON PANTALEON

PANT. ¡Eso es, de conversación!

PAQ. ¡Dios mío!

RAFAEL. (No tengas miedo). (Aparte á Paquita.)
PANT. ¿Qué hacíais?
RAFAEL. Hablar.
PANT. ¿Y el trabajo?
RAFAEL. Para todo hay tiempo.
PAQ. Veló toda la noche el pobrecito.
PANT. Lo que no se hace de día hay que hacerlo de noche. Además, él es fuerte: no puede excusarse como tú (A Paquita.) con que si le duele ó si le palpita el corazón... ¡El corazón!... bien he trabajado yo en este mundo y nunca me enteré de si tenía corazón.
RAFAEL. Lo creo.
PAQ. Yo nunca me excuso de trabajar, tío Pantaleón.
PANT. Eso se lo cuentas á tu tía. ¿Acabaste las liquidaciones?... ¿A ver?... ¿Son éstas?.. (Acercándose á la mesa.)
RAFAEL. No tuve tiempo de acabarlas.
PANT. ¿Ni los balances tampoco?
RAFAEL. Ni los balances.
PANT. Pero ¿qué has hecho? ¿En qué has pasado la noche? ¿De qué te ha servido velar? Criatura de Dios ó del diablo, ¿no sabes que vendrá hoy don Remigio á buscar esas liquidaciones? ¿que se las prometí formalmente.
RAFAEL. Eran muy largas y complicadísimas. ¡Una maraña de intereses que se acumulan y se cruzan y esponjan! ¡Son cuentas muy difíciles!
PAQ. Deben ser muy difíciles.
RAFAEL. Además, estoy concluyéndolas: mañana ya están listas.
PAQ. Eso es, mañana. ¿Qué más da?
PANT. ¿Qué más da? ¡Criaturas ignorantísimas y deconsideradas, da mucho! Las liquidaciones deben arrojar unos quince mil duros á mi favor y á favor de don Remigio. Y si hoy las hubiese presentado, hoy me hubieran pagado los saldos: me lo prometieron formalmente.
RAFAEL. Los pagarán mañana.
PANT. Pagar hoy no es lo mismo que pagar mañana, gran-

dísimo necio. El dinero que me dan hoy pasa la noche en mi compañía, ¿eh? El que me paguen mañana pasará toda la noche fuera de casa.

RAFAEL. ¿Y qué?

PANT. Que puede morirse de repente el deudor: todo deudor nuestro está amenazado de muerte. Nuestros acreedores, esos sí que tienen la vida asegurada: jamás se me ha muerto ningún acreedor.

RAFAEL. Pues si se muriese el deudor pagarían los herederos.

PANT. Los herederos no pagan nunca, estúpido. De modo que, por tu holgazanería, estoy en un conflicto.

PAQ. No se incomode usted.

PANT. A ver qué falta. (Cogiendo unos papeles de la mesa.)

RAFAEL. No son esos. Aquí están. (Dándole otros.)

PANT. Pero estos papeles, ¿qué son? (Queriendo abrir la hoja.)

RAFAEL. Tonterías. (Deteniéndole.)

PANT. ¿Y qué tonterías son esas que no quieres que vea? Yo puedo verlo todo: por algo soy el amo.

RAFAEL. ¡Por Dios, tío!

PANT. ¿Qué? ¿secretos? ¿en mi casa secretos para mí? ¡Hola! ¡hola!

RAFAEL. Mire usted lo que quiera.

PAQ. ¿Qué es? (En voz baja.)

RAFAEL. Unos manchones... unos dibujos... ¡Hija, me aburría! (En voz baja.)

PANT. ¿Qué es esto? ¡Dibujitos! ¡muñecos! ¡cabezas! ¡colores! ¡Bien estamos, como hay Dios! ¡En esto pasaste la noche, y por eso no acabaste las cuentas! ¿Eh? Responde, criatura pervertida, joven disoluto, sobrino ingrato.

RAFAEL. No, señor. Trabajé hasta las cinco: sentí la cabeza pesada: no podía más. Equivoqué tres veces una suma.

PANT. ¡Contra mí, estoy seguro!

RAFAEL. No sé... ¿qué más da?

PANT. ¿Cómo que qué más da? ¿Que qué más da *dar de más*? ¡Pero tú te has vuelto loco!

RAFAEL. No, señor; yo corregí la suma, y le quité á usted sesenta duros que le daba de exceso.

PANT. ¡Qué afán tan estúpido de exactitud!

PAQ. ¡Pero si el pobrecillo estaba muy cansado! ¡Cuando entré estaba muy pálido!...

PANT. Pálido lo he estado yo toda mi vida.

RAFAEL. ¡Es que me sentía extenuado, rendido!

PANT. Y para descansar me gastas el papel en pintar monigotes.

RAFAEL. Ese papel es mío: es papel de dibujo: lo compré yo.

PANT. Ya lo he visto. Pero estas hojas en blanco pueden servir para los balances.

RAFAEL. Y además, no perdí ni media hora. Abrí el balcón, dibujé un rato, y luego, para escapar á la tentación, lo volví á cerrar y seguí trabajando.

PANT. ¡Eso fué un despilfarro!

PAQ. ¿Cómo?

PANT. ¿No dices que era de día? Pues haber dejado abierto el balcón y haber apagado el quinqué. Si se veía claro para dibujar, se vería claro para escribir. ¿Qué necesidad tenías de consumir petróleo?

RAFAEL. ¿No le he dicho á usted que la luz del día era la tentación? ¡Y qué tentación tan poderosa! Mira, Paquita, mire usted, don Pantaleón. (Haciendo que se asoman.) Por entre aquellas dos casas se veía el cielo y unas nubes de color de rosa. Las casuchas viejas, feas, destartaladas: caído el revoque á trechos y fingiendo figuras fantásticas, como monstruos que se hubiesen pegado á las paredes para devorarlas; las chimeneas torcidas, con caperuza de ladrillo, como monos con gorro colorado bailando sobre unos escombros; las ramas de un árbol saliendo del fondo de un patio raquítico, á modo de náufragos que sacan los brazos para agarrarse al espacio; por todas partes manchones de humo, manchones de humedad, lepra que todo lo roe con diente negro y baboso. Y por detrás de este primer término de miseria y ruindad, la gloria radiante del amanecer; un sol que no se ve, pero que se adivina por algún rayo perdido que sube ó alguna neblina ro-

sada que flota; sol de gloria con pantalla de podredumbre y ruina; la impotencia de sombras, escombros y vejeces oscureciendo con afán envidioso y cruel toda luz y todo esplendor. Las casuchas ruinosas no darán luz, pero ¡ay, Dios mío! apagarán la de todo un amanecer.

PAQ. ¡Es verdad... es verdad! (Mirando el dibujo.) ¿Y has querido pintar aquí todo eso?

RAFAEL. Tenía una caja de colores, y manché unos papeles.

PANT. ¡Pero tú vas á volverte loco, si no es que ya lo estás! ¿Qué tienen que ver todas esas tonterías y ridiculeces con mis liquidaciones?

RAFAEL. Nada... ó mucho.

PANT. Vamos, son idiotas estos chicos.

PAQ. ¡Pero, tío Pantaleón, si es un dibujo muy bonito!... Mire usted... mire usted... Si da miedo y dan ganas de llorar... El árbol que se ahoga... el sol que quiere salir y no puede... los monos del tejado... y el desconchado del revoque... Mire usted, mire usted... (A su tío.) este desconchado parece una cabeza.

PANT. (Mirando.) ¡Qué cabeza... ni qué niño muerto!... Sí: pues parece una cara... y yo conozco esa cara... ¡qué ridícula y qué fea!... Toma... si se parece... si se parece...

PAQ. Es verdad... yo también la conozco... Toma, si se parece... (Mirando á su tío.)

PANT. ¡Se parece á mí!

PAQ. ¡Se parece á usted! (Riendo inocentemente.)

PANT. ¡Es mi caricatura!... (Con arranque de ira.)

RAFAEL. ¡No, señor!...

PAQ. Eso no... (Muy apurada.)

PANT. ¡Sí, señor: sí, señora! ¡Esa fué tu intención: no lo niegues! ¡Soy yo: soy yo! ¡Ah, insolentes, insolentuelos, descastados! ¡Escarnecer á su tío, al que es para vosotros un padre, al que os da el diario sustento! ¡Yo, el del desconchado de la pared, os doy el *pan de cada día!* ¡Y vosotros me pegáis á la pared, y me des-

concháis, y hacéis escarnio de mí! ¿Por quién (Dirigiéndose á Rafael.) no estás tú barriendo las calles, ó vendiendo *Correspondencias* ó durmiendo en el arroyo como un pillete? ¿Por quién (A Paquita.) no va tu madre al hospital y tú á un asilo? ¡Por éste, por éste! (Golpeándose el pecho.) ¡Métase usted á redentor de ingratos y judíos! ¡A Cristo le clavaron aquellos judíos en una cruz! Pues á mí vosotros, desvergonzadísimos, descastadísimos, más judíos que aquellos judíos, me habéis clavado con brutalidades de sayón y mofa de populacho en los grotescos desconchados de un revoque.

RAFAEL. Pero tío, yo le juro á usted...

PAQ. No lo hizo con intención...

PANT. ¡Con intención torcida! ¡Con la de Judas! ¡y aprovechando mi sueño! ¡mientras yo, inocente y confiado, dormía con el sueño del justo!

RAFAEL. ¡Cuando digo que soy incapaz!...

PAQ. ¡Si no lo hicimos á mal hacer!...

PANT. ¡Dejadme!... ¡dejadme!... ¡monstruos!... Esto no seguirá así, no seguirá. Yo venceré mi bondad nativa, la dulzura de mi carácter, mi generosidad inagotable... y os escarmentaré. ¡Yo soy yo! ¡Yo soy don Pantaleón! ¡Yo soy don Pantaleón Rubiales y Granzules de Vera!

ESCENA III

PAQUITA, RAFAEL, DON PANTALEÓN y DOÑA ENCARNACIÓN

Doña Encarnación trae un pañuelo de mano recién planchado, pero que se quemó por el centro, ó por un extremo, ó por donde se quiera.

ENCARN. ¿Qué pasa? ¿Por qué das esos gritos? (Mirando á Rafael y Paquita.) Alguna lindeza de estos jóvenes.

PAQ. Si no es nada, tía. Si no es nada.

RAFAEL. Que se empeña en reñir por gusto de reñir.
PANT. (Presentándole el dibujo.) ¡Mira!
ENCARN. ¿Qué es eso?
PANT. ¿No ves una cabeza?
ENCARN. Sí: una cabeza muy ridícula y muy fea: un mamarracho.
PANT. ¡Quiso hacer mi caricatura ese insolente!
ENCARN. Es verdad: se te parece mucho.
PANT. ¡Encarnación!... Encarnación, esta es mi crucifixión.
ENCARN. No sé lo que estás diciendo. ¡Mi crucifixión es esta!... (Enseñando el pañuelo.) ¡Mire usted, señorita, mire usted! ¡miren ustedes!
PAQ. (¡Ay, Dios mío, ya lo vió!)
RAFAEL. ¿Y qué es eso?
ENCARN. Que esta criatura desmañada, torpe y holgazana, me ha quemado mi mejor pañuelo de batista.
PAQ. No es de batista...
ENCARN. ¡Lo es! De modo que nos vamos quedando sin ropa: nada basta para reponer lo que la princesa destroza por descuido ó mala intención. No hay día de plancha que no me cueste un sofoco.
RAFAEL. Naturalmente: con el fuego... pero más se sofoca ella.
PAQ. (¡Cállate, por Dios!) (A Rafael.)
ENCARN. Siempre, siempre una ó dos piezas tostadas. Y así me tiene ella: tostada por dentro y por fuera.
PAQ. No me riña, tía, que yo le contaré lo que ha sido.
ENCARN. Tus palabritas de miel me importan poco. Yo lo que veo es la ruina de mi casa.
RAFAEL. Pero déjela usted que se explique, y trátela usted como á criatura de Dios. Que más vale ella que ese pingajo.
ENCARN. ¡Pingajo!... ¿oyes?... ¡Jesús!
PANT. ¡Silencio! ya que no respetas á tu tío, respeta á tu tía, insolente.
PAQ. ¿Me deja usted hablar? (Compungida.)
ENCARN. Habla, habla: explica cómo me quemaste el pañuelo,

que de todas maneras, quemado quedará y tendré que pagarlo yo.

PANT. Es decir, yo.

ENCARN. Lo mismo da.

PANT. No: lo mismo, no.

RAFAEL. Vamos, explícate, Paquita.

PAQ. Me levanté á las cinco: aún no había llegado la claridad del día y tuve que encender luz. Me puse á planchar como usted me había mandado... (A doña Encarnación.)

ENCARN. Que planchases, no que me quemaras la ropa.

RAFAEL. ¡Pero oiga usted, señora!

PAQ. Llevaba dos horas de plancha, cuando oí á mi madre dar un suspiro muy doloroso y luego tuvo un golpe de tos muy seca: me pareció... al fin no fué: pero me pareció que era como el que precede á los ataques... ya sabe usted... Me faltó el aliento: detuve la plancha maquinalmente; claro, se quedó sobre el pañuelo de batista: y así estuve un rato inmóvil: toda oídos, pendiente de otro golpe de tos. Al volver en mí, ¡Dios mío! se había quemado el pañuelo.

ENCARN. Unas veces es por una cosa y otras veces es por otra.

PAQ. ¡Hoy era por mi madre, y ella es antes que todo!

ENCARN. Antes que la obligación no hay nada.

PAQ. Ella es mi primera obligación.

ENCARN. ¿Y si es una excusa de tu torpeza?

PAQ. ¡Yo no miento!

ENCARN. Mentirás por miedo.

PAQ. ¡Yo no tengo miedo cuando hago lo que debo!

RAFAEL. ¡Ella no miente! ¡no mienten los ángeles, mentirán las brujas!

PANT. ¿Qué es esto? ¿Faltamos al respeto á nuestros bienhechores?

ENCARN. ¡Insolente! ¡Libertino!

RAFAEL. Señora, ¿á qué viene eso de libertino?

PAQ. ¡Por Dios, Rafael!... ¡Por Dios, señora!

RAFAEL. ¡Yo digo lo que digo! ¡Y digo lo que dije!

PANT. ¡Basta! ¡Retírense ustedes! ¡Ni una palabra! Tú, á recoger esos papeles y á concluir mis liquidaciones.

ENCARN. Y tú, chiquilla, á no lloriquear, y á tu faena.

PAQ. Sí, señora. (Se retira hacia la puerta llorando.)

ENCARN. Y después, á repasar la ropa. Que cuando estemos solas ya te repasaré yo.

RAFAEL. No llores, y si te hacen llorar, avísame; que por fortuna vivimos en cuarto tercero.

PANT. ¿Cómo?... ¡fuera!... ¡A tu obligación! (A Rafael.)

ENCARN. ¡A la tuya! (A Paquita.)

PAQ. ¿Qué hice yo, Dios mío?... ¿qué hice yo?

RAFAEL. Esto no puede seguir así... y no seguirá.

ESCENA IV

DOÑA ENCARNACIÓN y DON PANTALEÓN

ENCARN. ¿Pero has visto?... ¿Has visto, hombre?

PANT. Ya... ya...

ENCARN. Por algo te llamas Pantaleón: eres un calzonazos. Hoy mismo debías plantarles en la calle: por insolente, á él; á ella, por holgazana.

PANT. (Se ha quedado muy frío y se pasea lentamente.) Eso es: en la calle. No hay más que plantarle en la calle. ¿Y dónde encuentro yo en una pieza otro que me sirva de escribiente, de secretario, de cajero? *En suma*, otro que, valiendo lo que éste, me cueste *menor suma*. Nada de arrebatos, Encarnación, que cuestan caros. Se arrebata uno para desahogarse y luego se procede con calma. Dos y dos son cuatro; pues si se sofoca uno, dos y dos son mil.

ENCARN. ¿Pues no dices que es torpe y holgazán?

PANT. A él, sí, eso le digo. Pero no lo pienso. Es trabajador y listo para cosas de pluma y cuentas. Ni tres juntos desempeñan el trabajo que desempeña él solo. En seguida, por un momento de mal humor, perdía yo esa ganga.

ENCARN. De modo que á pesar de las desvergüenzas que nos ha dicho, ¿no le despides?

PANT. ¿Qué desvergüenzas ha dicho? Yo no las he oído.

ENCARN. ¡Me llamó bruja!

PANT. ¿Sí? (Pues no iba descaminado.) Una broma.

ENCARN. ¡Qué sangre tienes!

PANT. Lo que tengo es juicio, que es justamente lo que á tí te falta.

ENCARN. Pues yo creo que se va.

PANT. ¡Cá!... No se va. Mientras conservemos á Paquita, no se va.

ENCARN. Es que yo no puedo más con Paquita, ni con su madre. Nuestra casa no es un hospital de incurables. La hija no trabaja, la madre gasta, y nosotros nos arruinamos manteniendo á toda tu parentela: sobrinos, hermana... Basta de caridad: seis años de caridad es bastante: siga su turno la caridad y pase á otras manos.

PANT. ¡Qué disparates estás diciendo! No se va nadie de esta casa. ¿Lo entiendes? Oye, cabeza sin seso. Rafael me ahorra el sueldo de tres empleados de á cuatro mil reales; son doce mil. Sin contar conque es de confianza, y en una casa como esta, llena de objetos de valor, es peligroso introducir personas extrañas. Digo, ¡ahí es nada! economía y seguridad.

ENCARN. Pero le das habitación, fuego y luz, y le mantienes á mesa y mantel.

PANT. ¡Á mesa y mantel! (Riendo.) Pero, hija, si no gastamos mantel. En todo caso, le mantendré á *mesa* y *hule*. Además, él come poco: estos seres fantásticos y poéticos afortunadamente comen poco. En cuanto á darle habitación, yo no sé si merece ese nombre el cuartucho en que duerme. Fuego, no se usa; y luz, usa la que usamos nosotros. Mira, el refrán que dice donde comen dos comen tres, es de todo punto falso; pero es muy verdadero aquel otro que yo he inventado: donde se alumbran dos, se alumbran tres. Además,

muchas de las medicinas de mi pobre hermana las paga él. Y cuando yo me olvido de la cuenta del médico... él repara el olvido.

ENCARN. ¿Y de dónde saca el dinero?

PANT. Qué sé yo. Trabajará por fuera de casa, á ratos perdidos. Es preciso ser justos. Rafael es honrado y trabajador.

ENCARN. Si tan perfecto es, ¿por qué le riñes?

PANT. Para que no se crea necesario y para que no sea exigente.

ENCARN. Bueno: allá tú. Pero á tu hermana y á tu sobrina no las sufro más.

PANT. No podemos abandonarlas, mujer. Al fin son mi propia sangre.

ENCARN. ¿Si me querrás hacer creer que te mueres de ternura por esas mujeres?

PANT. Yo no quiero hacerte creer nada. Pero atiende, sierpe venenosa. En primer lugar, si se marchasen ellas, se marcharía Rafael. Además, yo vivo en el mundo; trato mucha gente y necesito gozar fama de respetable. ¿Qué se diría si abandonase á mi hermana y á mi sobrina, pobres y enfermas? Esto me perjudicaría mucho, y no debe uno hacer nada que le perjudique. ¡Con la sociedad no se juega, ni se lucha, que puede muchísimo! En todo caso se la engaña.

ENCARN. ¿Engañar tú? Tú á nadie has engañado más que á mí al casarte conmigo.

PANT. Es verdad: y me pesa, te juro que me pesa. Todo engaño es una mala acción, y una mala acción nunca debe hacerse de balde. Y contigo fué no sólo de balde: fué en pura pérdida, por donde vino á ser no ya mala, sino peor.

ENCARN. Déjate de bromas.

PANT. Pues déjame á mí, que yo sé echar mis cuentas. Para otra cosa no serviré; pero tratándose de echar cuentas con juicio, pocos me ganan.

ENCARN. Y en esas cuentas, ¿Paquita te proporciona alguna

ganancia?... Seré muy torpe, pero yo no la veo.

PANT. ¡Cabeza de estopa, Paquita es un caudal!

ENCARN. ¿Qué estás diciendo?

PANT. Que don Remigio, á pesar de sus años, ó quizá por sus muchos años, se ha enamorado como un cadete de Paquita.

ENCARN. ¿Qué me cuentas?

PANT. Te cuento sus cuentas. Él las echó sin la huéspeda; es decir, sin la fe de baustimo; pero á nosotros, ¿qué? El dice: «me casé una vez, me fué bien. Me casé segunda vez, me fué mejor. Pues me caso por tercera vez, ¡y en la gloria!» Él pensará: «al morime prefiero ver á mi lado una *cara bonita*, á ver un estafermo; para ver monstruos, bastante tiempo me queda en el infierno.» Que es adonde irá don Remigio cuando se muera. Después de todo, esas cuentas no son tan desatinadas.

ENCARN. ¿Y qué vamos ganando nosotros con las chocheces de don Remigio?

PANT. (Riendo.) ¡Pobre mujer! ¡y qué poco discurres! Don Remigio es muy rico, mucho más que yo, muchísimo más, y ya lo tengo todo tratado con él. (Contado por los dedos.) Dota espléndidamente á Paquita: la tercera parte de su fortuna, porque está loco: el amor de un viejo es un frenesí. Él no piensa sino en que es muy bonita, en que es muy mona, en que es muy graciosa, en que es muy dulce, y se le derritieron á él los setenta años en almíbar.

ENCARN. ¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia y con ese almíbar?

PANT. Que la dote la manejaré yo.

ENCARN. ¡Ya!... ¡ya!

PANT. ¿Vas comprendiendo? Además, hace testamento en favor de Paquita; y don Remigio, no vive dos años. Mira, Encarnación, yo creo que tratas á Paquita con demasiada severidad. ¡Pobre chica, es muy débil!

ENCARN. No, si yo la riño por su bien: á los jóvenes hay que corregirles.

PANT. Además, don Remigio, como compensación de los sacrificios que hemos hecho por Paquita y por su madre en estos seis años, me entrega el día de la boda unos cuantos miles de duros.

ENCARN. Vamos. Y mira tú, estoy segura que Paquita será muy feliz con don Remigio.

PANT. Ya lo creo. Además, viviremos en el piso segundo del caserón de don Remigio, que es inmenso. Es decir, que viviremos cerca de Paquita para cuidarla y dirigirla: ¡es tan niña!

ENCARN. ¿Y qué alquiler?...

PANT. ¡Por Dios, hija! ¿conque nos sacrificamos por Paquita, y habíamos de pagar alquiler?

ENCARN. Mejor.

PANT. Conque tú reduce á números todas estas ventajas que nos proporciona Paquita; pon esos números en columna; tira una raya, y suma. Hija, yo no me he olvidado de la filosofía que estudié en la Universidad. *La suma* es el bien supremo. ¡Ah! ¡ah! yo sé muchas cosas.

ENCARN. Sí que sabes. Egoísta, lo eres Pantaleón. Pero saber, vaya si sabes.

PANT. Egoísta, y me casé contigo. ¡En esa suma sí que hubo resta! ¡y gracias á que no hubo multiplicación! (Suena la campanilla.)

ENCARN. Pues mira...

PANT. Cállate. Sonó la campanilla; debe ser don Remigio. Amable con él y dulce con Paquita. Te lo aconsejo, y si es preciso, te lo mando. Cuando tengas mal humor lo desahogas con Rafael: ese ya da todo lo que puede dar de sí. (Pasa Paquita por el pasillo hacia la puerta.)

ENCARN. Bueno, hombre, bueno.

ESCENA V

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN y DON REMIGIO; PAQUITA, que pasa por la escena.

PAQ. Es don Remigio. Pase usted, don Remigio.

REM. Felices días nos dé Dios. Pero qué, ¿te vas, Paquita? Quédate un ratito.

PAQ. Perdone usted: tengo mucho que hacer. Hasta luego. (Sale.)

REM. (Mirando cómo se aleja.) ¡Qué mona!... ¡Qué monísima!... ¡Con qué gracia mueve el cuerpecito cuando va de prisa!

ENCARN. Pero don Remigio, usted no hace caso de nadie. También somos hijos de Dios.

PANT. Por eso no nos hace caso don Remigio. ¡Como él es un diablillo travieso!

REM. ¡Que yo soy un diablillo!... No... creo que no.

ENCARN. Vaya, vaya, que todo se sabe.

REM. ¡Ah! ¿Ya lo sabe usted?

ENCARN. Qué remedio: aunque usted no tuvo confianza en mí: fué preciso que Pantaleón me lo dijese.

REM. Bueno, pues ya lo sabe usted. ¿Y qué le parece?

ENCARN. Usted es ya un hombre formal, y Paquita es buena y hacendosa. Y aunque siento perderla, por su felicidad hay que hacer algún sacrificio.

REM. De manera que estamos conformes: da su consentimiento el tío; da su consentimiento la tía... ¿Y Paquita? ¿le han dicho ustedes algo?

ENCARN. Como yo nada sabía... como nada me dijo usted... Pero por Paquita no pase usted penas.

REM. Pues las paso; sí, señora; las paso. Paso penas por Paquita. (Con terquedad de niño.)

PANT. Calma, don Remigio: eso corre de mi cuenta. Algo le indiqué á la niña... con prudencia ¿eh? Porque á las

niñas hay que hablarles de estas cosas con prudencia. Usted, como es tan impetuoso... ¡todos los enamorados son ustedes impetuosos!

ENCARN. ¡Así era yo! Que lo diga Pantaleón. (Con tono de recuerdo triste.)

REM. No: no digan ustedes eso. Yo no soy impetuoso. Digo, me parece. Quererla mucho, eso sí.

ENCARN. Pues en eso consiste le ímpetu: en querer mucho.

REM. ¿Pero ustedes creen que me tiene simpatía? Al menos simpatía. Por ahora con la simpatía me conformo.

PANT. ¿Y luego, picarillo?

REM. Hombre, luego... luego... Yo he aspirado al amor de todas mis esposas. Yo aspiré al amor de mi pobrecita Paula... mi primera difunta, que en paz descanse... (Pausa: cruza las manos y parece como que reza.) Perdonen ustedes, siempre que me acuerdo de mi pobrecita Paula, rezo mentalmente un Padrenuestro por ella. Bueno, pues aspiré á su amor y lo conseguí. Yo aspiré al amor de mi pobrecita Carmen, mi segunda difunta, que en paz descanse... (Pausa, como antes.) También rezo un Padrenuestro por ella siempre que la nombro. Y me quiso mucho, me quiso mucho: ¡Dios se lo premie! Y ahora, es decir, luego, aspiraré al amor de mi pobre Paquita... (Pausa como antes.)

ENCARN. ¡Eh! Don Remigio, no rece usted aún por Paquita, que no la ha matado usted todavía. (Riendo: todos ríen.)

REM. Es verdad... es verdad... me había distraído. No: yo no las mato: y si las mato es de cariño. ¡Ea! yo soy muy cariñoso. Mi pobrecita Paula cantaba con una voz de ángel: y yo la tenía cantando todo el día. Murió tísica: no, pero el último mes no la hice cantar. A mi pobrecita Carmen, que era muy golosa, todos los días le llevaba yo una libra de dulces, y se los había de comer; que quieras que no, se los comía. ¡Angel mío! ¡murió de una gastritis! ¿Qué le gusta á Paquita, qué le gusta? ¡Díganme! ¡Díganme!

PANT. ¿Pero usted nos la quiere matar como á las otras?

REM. ¡Qué cosas dicen ustedes!... Muchas cosas, muchas cosas, y á ella... nada.

ENCARN. ¡Ya se le dirá!

REM. Pues ahora, ahora: la llaman ustedes y despachamos.

PANT. ¡Pero usted es una centella!

REM. Tanto como centella no diré yo. Pero no deja de haber su fueguecillo. ¿Conque la llaman ustedes?

ENCARN. No corre prisa.

REM. ¡Corre prisa, corre prisa! No me gusta que esté mucho tiempo en esta casa Paquita.

ENCARN. ¡Don Remigio!

REM. No lo digo por usted, ni por usted: lo digo por ese trastuelo antipático, por Rafael, por el sobrino. Perdonen ustedes; pero es muy antipático.

PANT. Por Dios, don Remigio, ¡tiene usted celos!

REM. No, celos no. Pero como es primo de Paquita... ¡Me persiguen los primos, doña Encarnación! Mi pobrecita Paula, que en paz descanse, también tenía un primo. Mi pobrecita Carmen, otro primo. Y Paquita, primo también. ¡El mundo está lleno de primos!

PANT. Descuide usted, que hoy mismo quedará todo arreglado.

REM. Eso quiero, eso quiero. ¡Mi Paquita!... En la voz se parece á Paula y en lo mona á Carmen... En teniéndola á ella, me parecerá que han resucitado todas mis difuntas. ¡Qué alegría!

ENCARN. ¿Llamaron? (A don Pantaleón.)

PANT. Creo que sí. (Paquita pasa por el pasillo.) Ya: son don Miguel, nuestro gran maestro, nuestro primer pintor... y Lino Pajares, nuestro primer crítico en artes.

PAQ. Pasen ustedes... pasen... que aquí están mis tíos.

ESCENA VI

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO; DON MIGUEL, DON LINO y PAQUITA, breves momentos después.

MIGUEL. A la orden de ustedes... Señora... (A doña Encarnación.)

LINO. Muy felices, doña Encarnación.

PANT. Amigo don Miguel... amigo Pajares...

REM. No se vaya usted, Paquita. Quédese un ratito.

PAQ. Dispense usted... ¡estoy tan ocupada!... (Sale.)

REM. (A doña Encarnación.) ¡Siempre ocupada! ¡Qué hacendosa! ¡y qué dulce! ¡y qué linda! Cuando va de prisa, ¡cómo echa la cabeza hacia atrás y el cuerpecito hacia adelante! y los bracitos hacia atrás, y la boquita hacia adelante, ¡parece una pajarita que va á saltitos! ¡Ay, Paquita! (Queriendo imitar los movimientos de Paquita.)

LINO. ¿En qué piensa usted, don Remigio?

REM. ¡Ah!... ¿Yo?... Pues tan famoso... ¿Y usted? tan famoso... Gracias. (Se van sentando como se crea conveniente.)

MIGUEL. Pues le extrañará á usted, amigo don Pantaleón, esta visita casi matinal. Pero el arte es exigente: la inspiración no da espera, ni tiene hora fija, ni momento seguro.

LINO. Tiene razón don Miguel. ¡La inspiración! Nos sorprende en el crespúsculo: nos asalta en la tiniebla: nos despierta del más profundo sueño: se desliza por un rayo de sol, flota vagorosa en un rayo de luna. Don Pantaleón, ¡esto es un hombre! (Poniendo la mano en el hombro de don Miguel.)

MIGUEL. ¡Por Dios, Lino! Pues se trata de mi gran cuadro, de mi obra maestra: la toma de Constantinopla por los turcos. Y como recordé, y recordó Lino, haber visto entre sus antigüedades de usted algunos objetos bizantinos, armas, telas... ¿eh? dije: á buscar inspiración á casa de don Pantaleón.

PANT. Todo lo que usted quiera, amigo don Miguel. ¿Con-

que la emprendemos otra vez con el gran cuadro?

Miguel. Otra vez. Obras de esa importancia no se hacen en un día. Un cuadro de *diez* metros por *seis*.

Lino. Diez metros veintidós centímetros por seis metros treinta y cinco centímetros.

Miguel. Siempre la conciencia escrupulosa del crítico.

Lino. Yo soy así.

Miguel. Si mi obra fuese una de esas tablitas, juguetes mezquinos de esta edad de pigmeos... ¡Ah! Entonces en una hora hago yo dos docenas á dos manos... Pero yo...

Lino. Don Miguel Quero de Nobledo y Quiñones necesita dejar algo á la posteridad.

Pant. Y va usted á dejarla... diez por seis... más de sesenta metros cuadrados de pintura de un solo golpe... ¡Vamos, ya es dejar!

Miguel. Ya ve usted: La toma de Constantinopla en sesenta metros cuadrados, no es mucho. Digo, me parece... ¿Usted qué opina? (A don Lino.)

Lino. Que no son excesivos los sesenta, porque si nos hubiéramos de aproximar á la realidad palpitante, todavía necesitaríamos muchos más.

Miguel. Figúrese usted... El heroico y desdichado Constantino en la brecha, delante del bizantino trono, transportado del caduco palacio al aportillado muro: Mahomed II que avanza por el fondo con el alfanje en alto: por todas partes griegos moribundos, turcos feroces, armaduras rotas, músculos hinchados, tonos rojos de inundación de sangre, tonos rojos de púrpura imperial. Me parece que para todo esto, de los sesenta y pico no sobrarán muchos metros.

Lino. ¡Qué han de sobrar!... Yo lo he visto... ¡En aquellos cuerpos moribundos hay cada músculo!... ¡Sólo para las musculaturas se necesitaban cien metros en cuadro! ¡No se ofenda usted, don Miguel! Es usted como el otro Miguel... ¡grandioso! ¡poderoso! ¡plasmático! Don Remigio, ¡esto es un hombre!

REM. Un hombre... ¡ya! ¡ya!... lo creo. Pero *aquélla* es una mujercita.

MIGUEL. ¡Hombres! ¡artistas que *vean grande!* ¡Ya no los hay! ¡Muñecos!... ¡pincelitos en manos de titís! Yo comprendo el arte de otro modo y nadie me comprende.

LINO. Yo le comprendo á usted, don Miguel.

MIGUEL. Usted, sí. Pero ¿cuántos hay como usted? La nueva generación me echa á un lado: dicen que soy un genio malogrado; de esta casa, ¿quién lo creyera?... de esta casa salen notas de *persifflage;* quiero decir, de burla.

ENCARN. ¿Qué dice usted, don Miguel? ¿De esta casa?

PANT. ¡Imposible!

LINO. No es imposible: Rafael...

ENCARN. ¿Rafael?

PANT. ¿Mi sobrino?

REM. Ese títere con todo el mundo se atreve. ¡Se atreve con *éste,* se atreve con *aquélla!* Don Pantaleón, hay que tomar una determinación.

PANT. Explíquese usted, don Miguel.

MIGUEL. Usted sabe que hace días expuse mis cuadros en un barracón improvisado. Porque como no caben en ninguna parte...

PANT. Ya... ya... ya lo sé...

MIGUEL. Mis cuadros necesitaban naves de templos, salones de palacios, galerías de castillos... y como no hay nada de eso, ¿dónde meto yo mis sesenta metros de Constantinopla?

PANT. No: aquí no caben. Como no los lleve usted á la propia Constantinopla...

MIGUEL. Ojalá pudiera. Pero déjeme usted seguir. Había antes de ayer un grupo de jóvenes pintores, de críticos y aficionados, y entre ellos estaba su sobrino de usted, delante de mi gran cuadro, el de Alfonso VI, siete metros por cuatro.

LINO. Siete con treinta y dos, por cuatro con cincuenta.

MIGUEL. Eso es: ¡qué hombre éste!

ENCARN. Y ese cuadro, ¿qué representa, don Miguel?

MIGUEL. Representa aquel momento en que Alvar-Fáñez y Candespina dan cuenta á Alfonso VI de la muerte de su hijo el príncipe don Sancho, de once años de edad, y de la tremenda derrota de Uclés, la de los siete condes. Y había tenido yo una idea.

LINO. Oigan ustedes qué idea.

MIGUEL. Cuando un grito de dolor llega á su límite, ¿en qué se convierte? en el *silencio*. Cuando el ademán desesperado está á punto de romper nervios y músculos, ¿en qué se trueca? en la *inmovilidad*. La luz de intensidad extrema, ¿qué es para nosotros? la *sombra*. Pues bien; yo expresé en mi cuadro el dolor del viejo rey ante aquella inmensa catástrofe por el *silencio*, por la *inmovilidad*, por la *sombra*, ¿eh?

LINO. ¡Qué hombre, don Remigio! (Dando un golpe en el hombro á don Miguel.)

REM. ¡Sí, hombre, sí!

MIGUEL. El rey de espaldas; la frente sobre la mesa: la cara entre las manos. De modo que no se le ve la cara. Los condes, los magnates, los pajes, los monjes, los cortesanos, los soldados, todos, por dolor ó por vergüenza, ocultan también los rostros doloridos; es decir, que se supone que estarán doloridos, porque verse, no se ven. Unos vuelven la cabeza; otros ocultan el rostro entre las manos; los monjes están encapuchados; las sombras de la regia cámara envuelven á los de segundo y tercer término. La sombra del dolor, la inmovilidad del dolor, lo sublime de la nada, ¿eh?

ENCARN. ¿De modo que no sé ve nada?

MIGUEL. Nada: y se supone todo.

PANT. ¡Sublime, don Miguel, sublime!

MIGUEL. Pues oigan ustedes: preguntó uno. «¿De quién es ese cuadro de enmascarados?» Y dijo otro: «de don Miguel Quero y Nobledo.» Y su sobrino de usted, jugando del vocablo, dijo: «pues yo creía que el autor se llamaba don Miguel *Quiero y no puedo*.» Y desde entonces,

en todas partes, gracias á Rafael, todos me llaman *Quiero y no puedo.*

PANT. ¿Pero Rafael se ha atrevido?...

ENCARN. ¡Jesús, María y José!

REM. ¡Pero ese muñeco no respeta nada! ¡Quiero y no puedo! ¡Vamos... vamos!

LINO. No, señor; no respeta nada. De mí dice, sin tomarse el trabajo de jugar del vocablo, que soy el último de nuestros críticos y el primero de nuestros mamarrachos.

ENCARN. Hay que llamar á ese botarate y tiene que dar una satisfacción á don Miguel.

LINO. Y otra á mí.

REM. Y á mí otra también.

PANT. No tengan ustedes cuidado. Ahora verán ustedes. ¡Rafael!... ¡Rafael!... (Acercándose á la derecha.) Atreverse con don Miguel Quiero y... digo, Quero y no puedo... digo... ¡Rafael!...

PAQ. ¿Llamaban ustedes?

PANT. No te llamábamos á tí. Llamábamos á Rafael.

REM. ¡Sí la llamábamos!... sí la llamábamos...

PAQ. Rafael salió... pero vuelve en seguida.

PANT. ¿Y por qué salió?... ¿y para qué?... ¿con permiso de quién?

PAQ. No sé...

PANT. Bueno: cuando vuelva, que entre.

REM. (Y ella también.) (A don Pantaleón.)

PANT. (¿Para qué, don Remigio?)

REM. (¡Y ella!... ¡y ella!... ¡si no!... ¡yo soy quien soy!)

PANT. (No se incomode.) Y cuando venga aquí Rafael, vienes también tú.

PAQ. Sí, señor.

REM. (A doña Encarnación.) ¡Con qué gracia da la vuelta! ¡los vestidos se le van á un lado y el cuerpecito se le va al otro lado!... ¡Monísima! ¡monísima!...

ESCENA VII

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO, DON MIGUEL, DON LINO y DON ZACARÍAS

Don Zacarías se presenta en la puerta del fondo con timidez y recelo: tipo de judío, parece que está siempre escamado y en guardia: humilde y astuto.

ZAC. Señores... (¡Cuánta gente!)

ENCARN. ¡Don Zacarías!...

ZAC. Encontré la puerta de la calle entornada... y entré... Acaso hice mal.

PANT. Pase usted, don Zacarías.

ZAC. Si estorbo... (Como para marcharse.)

ENCARN. De ningún modo.

ZAC. Es que si estorbo... (Como antes.)

PANT. Por Dios, don Zacarías, usted no estorba nunca... Adelante... y siéntese...

ZAC. (Avanzando con precaución.) Señores, con su permiso... Doña Encarnación, siempre tan amable... Hola, don Miguel, siempre tan grandioso... Don Lino, siempre respetuosísimo... ¡Qué bueno estás! ¡qué bueno estás, Remigio!... Conque si usted me permite, amigo Pantaleón... pero es si no molesto.

PANT. Siéntese, siéntese. ¿Y á qué debo?... es decir, *deber no le debo nada*. Quiero decir que cuál es la causa de su visita, siempre muy agradable para mí.

ZAC. Decía usted *deber*... No, me parece que no me debe usted nada. Al menos no recuerdo. Pero si usted duda...

PANT. No, si no dudo. Estoy seguro de que no le debo á usted nada.

ZAC. Sí, bueno: así será. Porque la última restauración, la de aquellos cuadros, ya me la pagó usted. Me parece que sí.

PANT. No le parece: es que la pagué.

ZAC. Bien está. No es eso. No vengo á pedir nada. Es el caso que ayer me escribió una carta su sobrino de usted.

PANT. ¿Mi sobrino? (Con extrañeza.)

ENCARN. ¿Qué dice?

ZAC. Sí, Rafael.

PANT. Hombre, ¿y para qué?

MIGUEL. Si es un secreto... (Como para retirarse.)

ZAC. No, no: nada de secretos. Me manda un cuadrito, una tabla... poca cosa... Me pregunta si lo querría comprar: y agrega que si me conviene, puede venderme otros del mismo género.

PANT. ¿Un cuadro? ¿Pero es de los míos? Yo no le he mandado vender ninguno. ¿Comprendes esto, Encarnación?

ENCARN. Ya verás cómo nos hace alguna trastada ese chico.

MIGUEL. Ese chico acabará mal.

LINO. No puede acabar bien.

ZAC. No se alarmen. El cuadro no es de usted: es de un principiante, de un amigo suyo, según dice. Un cuadrito... un capricho... poca cosa... Un chico que viene de la escuela: le acompaña un perrazo, y el chiquillo le ha dado los libros al perrazo para que se los lleve. Y el perro mordió en las correas y se los lleva colgando. Nada más.

MIGUEL. ¡Gran pensamiento! ahí están los ideales de la nueva generación. ¿Qué dice usted, Lino?

LINO. El arte echado á perros.

ZAC. No se parece á la toma de Constantinopla, don Miguel. No se parece. (Con algo de sorna.)

MIGUEL. Me lo figuro, ¿eh? (A don Lino.)

LINO. Nos lo figuramos.

PANT. ¿Pero es bueno? Y si es bueno, ¿cómo se lo llevó á usted y no me lo trajo á mí?

ZAC. No sé: no sé. Como es tan poca cosa, pensaría que usted no había de comprarlo.

PANT. Pero responda á derechas: ¿es bueno?

ZAC. Bueno... bueno... ya digo: nada, muy ligero: el chico, el perro y los libros colgando de la correa.

PANT. ¿Pero hay algo? ¿revela algo?

MIGUEL. Mezquindad de espíritu, pobreza de imaginación. Eso revelará.

ZAC. Revelar... revelar... es de un principiante. En fin, yo he querido que usted lo supiese, porque entre compañeros, estas cosas no se deben hacer á escondidas. Luego, usted podía ofenderse... y como es cosa de Rafael... Vaya, si usted no se ofende, se le compraré. Sí, señor; se lo compraré por complacerle. Aunque un cuadro sin firma, ¿qué salida ha de tener? Pero se lo compraré.

PANT. ¿Por qué no lo ha traído usted?

ZAC. ¿Para qué? Si no es más que eso: el perro, el chico: los libros y la correa. Conque no era más que eso, está dicho. Ea, lo compro. Con su permiso... (Levantándose.)

PANT. Espere usted, don Zacarías. Ahora vendrá Rafael, y se aclarará todo. No me gustan estos tapujos, ni estas ventas misteriosas. Ese cuadro yo he debido verlo.

ZAC. Don Pantaleón...

PANT. Ya está ahí.

ESCENA VIII

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO, DON MIGUEL, DON LINO, DON ZACARÍAS, PAQUITA y RAFAEL

PAQ. Aquí está Rafael.

RAFAEL. ¿Me llamaban ustedes? (Saluda á todos con una inclinación ligera.)

PANT. Sí: te llamábamos.

PAQ. (¡Ay, qué cara tienen todos! Dios mío, ¿qué ocurre?) (Aparte.) (¿Qué ocurre, don Remigio?)

REM. (¡Que estás monísima!)

RAFAEL. ¿Y para qué me llamaban ustedes?

PANT. Para muchas cosas.

RAFAEL. Pues vayan diciendo.

PANT. En primer lugar, para que des una satisfacción á estos señores.

ENCARN. La ligereza de tu lenguaje les ha ofendido.

RAFAEL. ¿Una satisfacción?

REM. Justamente: á todos, á todos nosotros.

RAFAEL. ¿A todos ustedes? Pues no comprendo... la verdad es que no comprendo...

MIGUEL. Sobre mi apellido se permite usted, Rafael, decir en público gracias poco áticas y un tanto punzantes.

LINO. Sobre mi personalidad se permite usted, caballerito, en público también, personalidades poco convenientes y algo mortificantes.

RAFAEL. Y sobre usted, don Remigio, ¿qué me permito?

REM. Se permite usted ser primo de Paquita.

PAQ. Pero él, ¿qué culpa tiene?

REM. Ya se lo explicará luego doña Encarnación.

RAFAEL. Y usted, (A don Zacarías.) ¿tiene también alguna queja contra mí?

PANT. El, no; pero yo, sí.

ZAC. Yo vine á decirle á tu tío que me quedo con el cuadrito. ¿Estamos? A él no le conviene, y yo te lo compro: y te compro todos los que me lleves de ese género y de ese pintor.

RAFAEL. ¿De veras?... ¿de veras?... Gracias, gracias, don Zacarías. (Estrechándole la mano.)

PANT. Yo no he dicho que no me convenga. Si no lo conozo...

ZAC. Como si lo hubiese usted visto... unas correas... unos libros... un perro... nada. ¿Verdad, Rafael? Lo tomo, lo tomo.

MIGUEL. (Y lo nuestro, ¿en qué queda?) (A don Lino.)

LINO. (Deje usted que acaben de desatar al perro, que á él ya se le atará corto.) (Aparte á don Miguel.)

ZAC. Conque ahora el precio... (Mirando á todos y deteniéndose.) Pero de eso hablaremos luego... no podrá ser mucho porque ya ves tú, ¡un cuadro sin firma!...

RAFAEL. Si no tiene firma, se le pone. (Con entusiasmo.)

REM. ¿Es conocida?

RAFAEL. ¡Lo será! (Con orgullo.)

REM. ¿De quién será conocida?

RAFAEL. ¡Del mundo entero!

REM. ¿Cuándo?

RAFAEL. Cuando presente sus obras...

MIGUEL. ¿Tiene obras?

RAFAEL. Hoy no. Mañana sí.

LINO. ¿Pintor novel?

RAFAEL. Como usted crítico.

MIGUEL. ¿Quizá de los que censuraban mi cuadro de Alfonso VI?

RAFAEL. Cabalmente.

MIGUEL. ¿De los que celebraban sus chistes de usted?

LINO. ¿Y sus insolencias?

RAFAEL. No, señor.

MIGUEL. ¡Ah!

LINO. Eso es otra cosa.

RAFAEL. No era de los que celebraban lo que usted llama mis chistes, porque yo nunca celebro lo mío.

MIGUEL. ¿Cómo?...

LINO. ¿Qué?...

PANT. ¿Eres tú?...

ENCARN. ¿Es él?

REM. (Me lo figuraba.) (Con malicia.)

PAQ. (¡Es claro!) (Con alegría.)

RAFAEL. ¡Ea! yo soy el autor de ese cuadrito; pero ya pintaré cuadros, aunque no sean tan grandes como el de Constantinopla.

PAQ. ¡Y se los comprará don Zacarías!

MIGUEL. (En tono de burla.) ¿De modo que era usted el de las correas?

LINO. ¿El del perro? (Con tono zumbón.) ¿El de los libros?

REM. ¡Métete tú en libros de caballería, y ya verás!

PANT. ¡Y así me robas el tiempo y el trabajo para venderle luego tus mamarrachos á don Zacarias!

ZAC. ¡Ea! pues yo me voy.

PAQ. No se vaya usted.

RAFAEL. ¿Por qué se burlan ustedes de mí? ¡Se empieza como se puede!

MIGUEL. ¿En dónde nació ese joven, señora?

ENCARN. En Calasparra, provincia de Murcia.

MIGUEL. Pues ya tenemos Rafael de Urbino y Rafael de Calasparra. (Todos ríen.)

LINO. Y tendremos escuela sevillana, escuela valenciana y escuela calasparrense.

MIGUEL. La propia escuela de donde venía el chico del petro y de las correas. (Risa general: Rafael cae en un sillón junto á á la mesa, abrumado por la zumba.)

PAQ. (Pero el cuadro, ¿cómo es? ¡Por Dios, don Zacarías! el cuadro, ¿cómo es?) (En voz baja.)

ZAC. (¡Un prodigio!... ¡un prodigio!... pero no lo digas.)

PAQ. ¿Oyen ustedes? ¿oyen ustedes?... ¡Dígalo usted, don Zacarías!... ¡un prodigio!... ¡dice que es un prodigio!

ENCARN. ¡Silencio, niña!

PANT. Vamos... ¿qué es eso?

PAQ. ¡Es que se ríen de Rafael!... ¡y yo no quiero que pongan en ridículo á Rafael!... porque tiene mucho talento... ¡lo dice don Zacarías!... ¡un prodigio!... ¡Rafael! ¡Rafael! ¡no les hagas caso!... ¡Qué saben ellos! ¡Don Zacarías sabe más! ¡No se esté usted así, hombre! ¡Defiéndale usted!... (A don Zacarías.) ¡yo no sé defenderle!... ¡Si supiera!... ¡Ah! ¡qué infamia tan grande están haciendo con Rafael!

ENCARN. ¿Qué es eso, niña?... (No le haga usted caso: como es su primo...) (En voz baja á don Remigio.)

REM. (¡Por eso me cargan los primos, porque los defienden las primas!)

PANT. ¡Basta!... ¡fuera de aquí!... ¡Basta, Paquita!... ¡Vete!... ¡lo mando!

PAQ. Era... porque... le trataban ustedes muy mal... muy mal... y no tenía á nadie que le defendiese... más que á mí... á su Paquita... (Llorando.)

ENCARN. ¡Silencio!

PANT. Basta de lloriqueos... y vete.

RAFAEL. No llores... y no te vayas... á mi lado. ¡Ay si alguien la ofende! ¡sea quien fuere... cuente conmigo! Que el que le arranque una lágrima á Paquita, sea vieja venenosa ó viejo idiota, prestamista mugriento ó pintor huero, ó satélite mamarracho, uno á uno, ó todos juntos, van á salir por aquel balcón. Don Zacarías, ¿usted cree que yo valgo? ¡pues á explotarme! ¡Los tres contra todos! Yo llevo en esta mano y en estos pinceles (Cogiéndolos en la mano.) un manantial de oro; pues para usted. (A don Zacarías.) Yo llevo aquí (Golpeándose la frente.) un mundo de imágenes, de luz y de colores, ¡para mi gloria! Yo llevo aquí (Golpeándose el pecho.) un corazón que revienta de amor; pues para tí, Paquita.

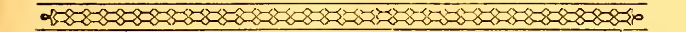
PAQ. ¡Sí, para mí!

RAFAEL. ¡Y ahora á ver qué puede contra nosotros esa gente!

PAQ. ¡Así, Rafael... valor! (Al oído.) ¡Yo te quiero mucho... valor!

RAFAEL. ¡Valor... y al porvenir!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN y DON REMIGIO

PANT. Crea usted, don Remigio, que por complacerle á usted hemos hecho en estos dos años lo imposible.

REM. No, señor; no, señor. Ni lo imposible, ni siquiera todo lo posible.

ENCARN. ¡Que diga usted eso! Pues si me paso el día cantándole á Paquita en todos los tonos las alabanzas de don Remigio. ¡Que don Remigio es tan bueno!...

REM. Es que lo soy. ¡Vaya una alabanza!

ENCARN. ¡Que don Remigio es tan generoso!

REM. También lo soy. Que se lo pregunten á Paulita: en papeles de música me gasté un caudal. Y la pobre, como era tan considerada, siempre que entraba yo en casa con una partitura, se ponía pálida y decía llorando de enternecimiento: «no más, Remigio; no más.» ¡Pobre criatura! Que se lo pregunten á Carmen-

cita: en dulces me gasté otro caudal: siempre tenía aquel ángel la boca repleta de yemas acarameladas. ¡Y se ponía tan coloradita! ¡Parecía que le iba á dar un accidente! ¡Pobre chiquita mía!

ENCARN. Y le digo más. Le digo que don Remigio será un almíbar para su mujercita.

REM. ¡Lo seré! ¡lo seré! ¿Le gusta el almíbar á Paquita?

ENCARN. Creo que no.

REM. ¡Qué lástima!

PANT. Es que no tiene usted paciencia.

REM. ¡Que no tengo paciencia! Dos años hace que estoy esperando la venida del Mesías. Y Paquita, que es el Mesías de este corazón desierto, sin venir á mí.

PANT. ¡Vamos, don Remigio!...

REM. Pues no espero más: no espero más. De hoy no pasa: yo no puedo estar viudo más tiempo. Hoy se decide Paquita, ó rompo con ella y con ustedes.

PANT. ¡Don Remigio!

ENCARN. ¡Don Remigio, por Dios!

REM. Y liquidamos todos nuestros negocios y retiro los cuarenta y ocho mil duros que usted me maneja.

PANT. Por Dios, don Remigio, ¡que no está usted en su juicio!

REM. Lo estoy, lo estoy. ¡Dos años esperando! Dos años... á mi edad... y á cualquiera edad... dos años son dos años.

PANT. Pero atienda usted, hombre de Dios. ¿No le he propuesto la boda cien veces á Paquita?

REM. No se propone cien veces: se manda una. ¿No dicen ustedes que Paquita es tan dulce, tan buena, tan tímida, que le soy tan simpático?

PANT. Ya lo creo: siente por usted una predilección invencible.

ENCARN. ¡Pero es tan joven!...

REM. En cambio yo no lo soy, y vayan los años que me sobran por los años que le faltan. ¿No dicen que en el matrimonio todo se reparte por igual? Pues repartamos años. Yo, setenta; ella veintidós: total, noventa y

dos; mitad, cuarenta y seis. Pues estamos en la fuerza de la edad. De modo, que por este lado no hay dificultades.

PANT. Ni por ninguno.

REM. Entonces, ¿por qué no nos casamos? Es que no tienen ustedes carácter, ni miran por mí. Dejan ustedes que se cartée con su primo. Nada, nada: liquido, retiro mis caudales, se acabó.

ENCARN. ¡Don Remigio, usted nos ofende, nos maltrata! En estos dos años, ni una carta he dejado pasar, ni una.

REM. Pues ella se cartea con Rafael. Rafael, ese tunante, ese libertino, ese vanidoso... Pregunten, pregunten á don Miguel y á don Lino lo que piensan de ese pintorcillo sus compañeros... Pero ustedes, como es su sobrino...

PANT. Pero señor don Remigio, ¿pude hacer más que echarle de casa? ¡y era mi propia sangre! Pues por usted le eché.

REM. Cuando la sangre propia está mala, la sangría. Además, que usted no echó á Rafael. Él se marchó. Es decir, se lo llevó don Zacarías. Por supuesto, que se lo llevó para explotarlo. Le mandó á Roma y allá le ha tenido dos años. ¡Pero vuelve!... ¡vuelve!... trae un cuadro que don Miguel y don Lino dicen que es un disparate... ¡una extravagancia! Pero eso á mí no me importa... Ello es que vuelve y que yo no espero más.

ENCARN. ¿Pero de fijo vuelve? ¿usted lo sabe?

REM. Lo sé: lo sé. ¡Viene reventando de orgullo, y aquí le preparan una corrida en pelo!... ¡já! ¡já! ¡já!... Conque á ver qué deciden ustedes.

PANT. Tiene usted razón, don Remigio; si Rafael vuelve, es preciso acabar de una vez. Llama á Paquita. (Como tomando una resolución.)

ENCARN. ¿No te acuerdas que ya la llamé? Pero volveré á llamarla. ¡Paquita!... aquí viene.

ESCENA II

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO y PAQUITA

PAQ. Buenos días, don Remigio. Perdonen si he tardado: estuve con mi madre, que no se sentía buena.

REM. Y tú, ¿cómo estás? ¿cómo estás? Por supuesto, monísima: una perla.

PAQ. Las perlas enferman: ya lo sabe usted. Por eso pierden el color. Y esta perla no lo pasa muy bien.

REM. ¡Ya la cuidaremos! vaya que sí. Y recobrará su color nacarado.

ENCARN. ¡Más que la cuidamos nosotros!... ¿Verdad, Paquita? (Con mimo.)

PAQ. Sí, señora.

PANT. ¡Pues si es la niña mimada! ¿Verdad, hija mía? Hasta he tomado una criada para que ella no se molestase en abrir y cerrar la puerta.

PAQ. Sí, señor.

REM. ¡Más la cuidaré yo! ¿Verdad que te cuidaré aún más? (A Paquita.)

PAQ. ¿Usted? ¿Y por qué ha de cuidarme usted? (Con repulsión y temor mal contenidos.)

REM. ¡Toma!... ¡toma!... ¡toma!...

PAQ. ¿Qué he de tomar?

REM. ¡Un corazón, y un alma, y una vida, y un cariño, y un esposo! ¡Toma!... ¡toma!... ¡toma!...

PAQ. ¡Ea!... ¡Volvemos á lo de siempre! Perdone usted... yo le agradezco su bondad... pero es imposible... yo no soy digna de un hombre... como usted.

REM. ¿Que no eres digna?... ¡vamos!... ¿Que no eres digna de un hombre?... ¡Tú eres digna de un hombre, y de dos hombres, y de tres hombres!... No, canastos: de uno nada más, y ese... yo. Conque díganselo ustedes: pronto, prontito.

ENCARN. Paquita, es preciso que hoy te decidas.

PANT. Sí, hija, es por tu felicidad.

PAQ. Pero si yo soy feliz.

ENCARN. Lo serás mucho más casándote con don Remigio. Don Remigio será muy bueno para tí.

REM. ¡Muy bueno! ¡buenísimo! Cuando yo quiero, ¡tú no sabes lo que yo soy! Pregúntaselo á mis difuntas.

PAQ. ¡Qué miedo! ¡No diga usted eso, por Dios!

REM. Bueno, pues pregúntamelo á mí. Cuando yo quiero, ¡soy una fiera!... No te asustes, no. Quise decir que soy un borrego.

PAQ. ¡Pero si estamos bien así! ¿Qué necesidad hay de que usted sea nada de eso? Yo no quiero que usted sea ni fiera ni borrego: lo que es usted, y nada más, don Remigio: un anciano muy bondadoso. ¿Para qué más?

REM. ¡Para qué más! Dice, ¿para qué más? ¡Qué buena, qué inocente! ¡Doña Encarnación, convénzala usted; mire usted que yo sí que no puedo más!

ENCARN. Atiende, hija mía: no es sólo por tí, es por tu madre. En casa de don Remigio estará mucho mejor cuidada que en nuestra modestísima casa.

PAQ. Quien la cuida soy yo: ¿qué más da que la cuide allá que aquí?

PANT. Hija, que allá tendría comodidades que aquí no tiene. Porque don Remigio es muy rico.

REM. Muy rico, no. Es decir... muy rico, sí, riquisímo. Y todo para tí y para tu madre. Le pondremos á tu madre una cama de palo santo ¡muy maja!

PAQ. ¡Ay, don Remigio, quien alivia los dolores de mi madre es mi cariñoso cuidado! Que por lo demás, el dolor es igual en cama de palo santo que en cama de pino.

PANT. ¿Pero y la asistencia médica, hija? (Con acento insinuante y dulzarrón.) Don Remigio llevará á tu madre á Francia, á Inglaterra, á Alemania, la verán todas las celebridades... y se curará radicalmente.

PAQ. ¡Ay, Dios mío! ¿Es que mi madre puede curarse del

todo? ¿Volver á la salud? ¿Ser lo que era? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡si no lo creo! (Con alegría infantil.)

REM. ¡Pues ya lo creerás!... ¡Nos casamos, y á viajar con ella, y á cuidarnos tú á los dos tan ricamente!

PAQ. No: eso no puede ser. Lo dicen ustedes... por decir. Lleva muchos años enferma. (Con desconfianza.)

REM. Yo estuve cuatro años peor que tu madre: este Remigio era un cadáver. Y en Alemania, en seis meses... no digo nada... tú me ves... (Contoneándose.)

ENCARN. ¡Tan gallardo! Ya le ves, hija mía.

PANT. ¡Todo un hombre!... Mírale bien.

PAQ. (Mirándole de reojo.) Ya... ya...

PANT. ¡Quién diría los años que tiene!

REM. No tantos, no tantos. ¡No diga usted esas cosas! Tengo los que tiene cualquiera: usted... esa señora... todos, todos menos Paquita. Paquita no tiene años, sino primaveras. Ya verás, ya verás... cojo en un puñado tus añitos, Paquita, y los deshojo como si fueran alcachofas. Quito las hojas heladas del invierno, las hojas abrasadas del verano, las hojas secas del otoño, y no me quedan más que las hojas verdes de la primavera: ¡el cogollito tierno y aromoso! Fuera Octubre, fuera Enero, fuera Agosto... Abril y Mayo nada más ¡con sus capullos rosados! ¡Paquita, tú eres un manojito de primaveras! ¿Eh?... ¿qué tal?... ¡Me parece!... (Volviéndose á todos como buscando su aprobación.)

ENCARN. ¿Ves, hija? ¡Si parece un galán de veinticinco años!

PAQ. Bueno... muy galán... ¡Pero yo no soy una alcachofa para que me deshojen!...

PANT. Vamos, hija, ¿te decides?

PAQ. No puede ser. Yo le aprecio mucho á don Remigio, le agradezco sus finuras... seré su amiga...

REM. Amiga, no; amiga, no. ¡No me basta! ¡Señor, que no me basta!

PAQ. No; pues como mujer, tampoco. ¡Nunca! ¡Eso, nunca! (Con energía.)

PANT. ¡Paquita!... (Con tono duro.)

ENCARN. ¡Paquita! (Con tono amenazador.)

REM. ¡Déjenla!... ¡déjenla!... No la apuren: no la riñan. Para ganar su cariño me basto yo. ¡Si todas mis mujeres empezaron así! Al principio parecía que Paula me odiaba, ¡qué risa! Y Carmen me dijo que antes se casaba con un negrazo que pasaba por la calle soplando en unas cañas, que conmigo, ¡qué graciosa! Pues las dos fueron mis mujercitas, ¡qué alegría!... y ahora son mis difuntas, ¡qué pena!

PAQ. ¡Yo no lo seré nunca!... Perdone usted: usted es muy bueno; pero ser su mujer... No, don Remigio, no.

PANT. ¡Piénsalo, y piensa en tu madre!...

REM. ¡Chito!... ¡chito!... ¡No molestarla, canastos! Mira, yo no quiero más que tu felicidad; por tí tiro yo la casa por la ventana en forma de colgaduras de terciopelo en los barandales. ¡Yo te compro un palacio! ¡yo te pongo coche! ¡no, dos coches! ¡tres coches! ¡hasta coche mail para las carreras! Yo te lleno los salones de lacayos, y ¿quieres que tengan peluca empolvada? ¡Pues la tendrán! ¡todos nos ponemos peluca empolvada! ¡soy capaz de empolvarle la peluca á doña Encarnación!

ENCARN. ¡Yo no gasto peluca, don Remigio! (Conteniendo apenas la cólera.)

REM. Bueno, ¿qué más da? Los añadidos, ó postizos, cualquier cosa. ¡No me distraiga, doña Encarnación! ¡Iba á decir una cosa muy bonita, y ya no me acuerdo!... (¡Demonio de vieja!)

PAQ. Muchas gracias, don Remigio: pero si á mí no me gusta nada de eso... Si todo eso me angustia.

REM. Bueno; pues no empolvaremos á los lacayos. ¿Qué te gusta? ¿Trajes, joyas? ¡Ay, niña mía! ¡En tu cuellecito moreno, sartas de perlas morenas! ¡Entre tus cabellos negros y lustrosos, un escarchado de brillantes! ¡para envolver tu cuerpo divinísimo, seda, terciopelo, encajes! ¡y tú, capullo del cielo, con hojas de iris y

nácar! ¿Eh? ¿qué tal? (¡Así rendí á Carmencita!) (Aparte á don Pantaleón.)

ENCARN. ¿Ves cuánto te quiere don Remigio?

PAQ. (Cada vez más angustiada.) ¡Si yo se lo agradezco! ¡con toda mi alma se lo agradezco!... ¡pero no puede ser! Yo no quiero más que un rinconcito en que vivir tranquila. Sólo con oir hablar de esas grandezas, se me oprime el corazón, y me aturdo y me mareo. ¡No, por Dios, déjenme tranquila! ¡Todo eso me da espanto! Ya lo ven ustedes, ¡soy una niña! ¡Tengan ustedes lástima de mí, no me hostiguen, no me aturdan, no me atormenten!... ¡Miren que me vuelven loca!

REM. ¿No te gustan grandezas? ¡Mejor! ¡qué mona! ¡Eso nos ahorramos! ¡Correremos por el campo tú y yo cogiendo flores! ¡Ay, qué monada!

PAQ. ¡Correr por el campo! Eso sí. ¿Coger muchas flores? ¡Qué alegría! ¡Pero con usted!... Yo corro mucho: usted no podría seguirme.

REM. Pues si no es conmigo... ¿con quién?

PAQ. (Sin poder contenerse.) ¡Con Rafael!

PANT. ¡Paquita!

ENCARN. ¡Niña!

REM. ¡Lo mismo que las otras! ¡Lo mismo!

PAQ. Han llamado... (Dirigiéndose á la puerta.)

ENCARN. Ya irá la criada, hija; para eso la tienes.

ESCENA III

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO, PAQUITA, DON MIGUEL y DON LINO

MIGUEL. ¿Se puede pasar?

PANT. Ustedes, siempre. (Sale á su encuentro y les saluda.)

MIGUEL. Señora... Paquita... Don Remigio... (Saludando.)

LINO. Señoras y señores...

MIGUEL. Ya sabe usted á lo que venimos: se lo anuncié ayer. Yo siempre con mis ideas.

LINO. ¡Pero qué ideas!
PANT. Pues ya están separados todos los objetos pompeyanos.
MIGUEL. Tomaré unos apuntes.
ENCARN. ¿Otro cuadro, don Miguel?
MIGUEL. Otro cuadro, señora. ¡El último día de Pompeya! ¡El terremoto ha estallado! ¡el volcán ha estallado! ¡la tierra ha estallado! ¡Pompella se ha hundido, y no se ve nada!
LINO. ¡Es atrevida la idea! ¡Vamos, que es atrevida! ¡Este don Miguel!...
REM. ¿Pero no se ve nada? ¡Demonio! Entonces, ¿qué se ve?
MIGUEL. Pues ahí verá usted: es decir, no verá usted. Si todo está bajo tierra, ¿cómo se ha de ver?
REM. Pero entonces, ¿qué es lo que pinta usted?... ¡El diablo es este hombre! (Volviéndose hacia Paquita.)
PAQ. ¡Ya!... ¡ya!
MIGUEL. (A don Lino.) ¡No lo comprede!
LINO. No. Ni es fácil.
ENCARN. ¡Será una cosa grandiosa!
PANT. Como de don Miguel.
MIGUEL. Y á usted, ¿qué le parece, Paquita?
PAQ. A mí... esas cosas... como no las entiendo... Pero si es un terremoto me dará mucho miedo.
REM. ¿Y qué dirá Rafael cuando vea este cuadro... vamos al decir, subterráneo?
MIGUEL. Qué sé yo. No me preocupo de lo que diga ese pobre diablo.
REM. (A Paquita.) (¡Pobre diablo! ¿eh?)
LINO. Fabricará algún chiste de café, inspirado por el coñac y aplaudido por cuatro pintorcillos como él.
REM. Muy bien dicho. Ya les oyes, Paquita. ¡Ya ves lo que es don Miguel! ¡Y don Lino!... ¡Ah!... Pues ellos te dirán lo que es tu primo.
MIGUEL. No me quiero ensañar en seres míseros.
LINO. Pues no faltaba más sino que usted descendiese hasta ese desdichado.

REM. ¡Sigan! ¡sigan!

MIGUEL. Están delante sus tíos.

PANT. Desgraciadamente sabemos lo que es.

ENCARN. Desgraciadamente.

MIGUEL. Pues en plata; Rafael no tiene talento, ni poco ni mucho. No tiene más que vanidad: una vanidad innata é incurable. Se cree un hombre de genio, y es un hombre de mal genio: nada más. Con sus compañeros riñe: á sus maestros no los respeta, y escarnece toda reputación sólida. ¿Eh? Se cree víctima de intrigas y cábalas: supone que todos conspiran contra él, y contra todos se revuelve con soberbia satánica: no, con soberbia de pigmeo. Digo esto aquí, no por hacerle daño, sino porque lo digo en todas partes.

LINO. Créanme ustedes. Es de una violencia que raya en la locura. A mí me ha insultado en un articulejo. Por fortuna para él está lejos. Ha insultado además á dos ó tres amigos míos, y cuando venga á Madrid tendrá un disgusto ó varios disgustos. Ese joven carece en absoluto de instinto práctico. No se puede empezar como él empieza. Yo soy algo, ¿eh? Pues yo no empecé de ese modo: maltratando, ofendiendo. Diga usted, don Miguel, ¿cómo empecé yo?

MIGUEL. ¡Ya me acuerdo! ¡Aquel artículo sobre mi gran cuadro: *El desnudo en Grecia!* ¡Qué cosas dijo usted tan lisonjeras para mí, aunque excesivamente lisonjeras! ¡Desde entonces, mi protección incondicional!

LINO. ¡Calle usted, don Miguel! ¡Si aquella figura de esclavo vuelto de espaldas era una maravilla! ¡Qué dibujo, qué colorido, qué bulto! ¡De qué modo bajaban los músculos, como cascada de fuerza desde la región lumbar á la región sacra! ¡Yo me hice lenguas en todas partes sobre la región sacra!

MIGUEL. Y así ha llegado usted á ser lo que es.

PAQ. Pues Rafael no es así.

LINO. No es así, porque es un insolente.

MIGUEL. Porque es un ignorante.

REM. Porque es un mal hombre.

ENCARN. Ya les estás oyendo. (A Paquita.)

PANT. Yo no debo decir nada... en fin... yo no debo decir nada. Pero para mí, tú eres antes que Rafael. (A Paquita.)

PAQ. (A punto de llorar.) Rafael es muy bueno y tiene mucho talento.

MIGUEL. Si usted lo dice, Paquita... lo tendrá.

PAQ. Lo dice don Zacarías, que entiende mucho de pintura.

LINO. Con los años, don Zacarías perdió los papeles.

PAQ. (Aparte.) (Pues tú no los encontraste.)

PANT. Á Rafael le espera el desengaño.

PAQ. No el mío.

ENCARN. Le espera la miseria.

PAQ. Pues en la miseria no estará solo.

ENCARN. ¿Estarás tú con él?

PAQ. Yo.

PANT. ¿Y tu madre también?

PAQ. ¡Qué crueles son ustedes!

ENCARN. Es por tu bien, Paquita.

PAQ. Pero no reparan ustedes que están esos señores delante... y que me obligan á decir cosas... Con su permiso de ustedes me retiro.

PANT. No: espera. Estos señores son amigos íntimos: son como de la familia, y entre todos hemos de curarte de esa enfermedad... de esa monomania.

REM. Sí, vamos á curar á Paquita. Yo seré el médico de cabecera: ustedes los de la consulta.

MIGUEL. ¿Por qué no?

ENCARN. Y nosotros... claro está... los parientes cariñosísimos. (A medida que hablan, todos se van acercando y rodean á Paquita.)

PAQ. Mi mal... si es mal... es incurable.

MIGUEL. Rafael es indigno de usted, Paquita.

PAQ. ¡Yo valgo tan poco! Por poco que valiese él... ¡y él vale mucho!

REM. ¡Eso sí que no!

LINO. Rafael es... no sólo un mal pintor... sino un libertino.

PANT. Sí, hija: de su conducta en Roma, ¡se cuentan cosas!

ENCARN. Basta: Paquita no puede saberlas, ni oirlas siquiera.

REM. Cuenten un poquito: todo, no; pero un poquito, sí.

PAQ. Yo no creo nada de lo que cuenten.

MIGUEL. ¡Además, yo sé por persona fidedigna que es un gastador!

PAQ. Si el pobre nada tiene, ¿qué ha de gastar?

LINO. Pues lo poco que tiene lo gasta con esta *modelo* y con aquella *modelo*.

REM. ¡Ahí duele! ¡ahí duele!

PAQ. (Un poco angustiada.) Un pintor necesita modelos para sus cuadros. ¡Qué remedio!

PANT. ¿No le bastaba con tu imagen, con tu recuerdo? Si tanto te quiere, ¿qué mejor modelo que tú?

PAQ. ¡Estaba yo tan lejos!

MIGUEL. ¿He necesitado yo modelos para mi cuadro de Pompeya?

PAQ. ¡Claro!... como todo el mundo está enterrado...

ENCARN. ¡Paquita!

PANT. Basta. Delante de todos estos señores, te lo digo por última vez. O renuncias para siempre á tu primo, ó no cuentes con nosotros para nada.

ENCARN. Para nada.

PANT. Queremos tu felicidad, te brindamos con ella. ¿No aceptas? Eres libre; pero tú serás responsable de las consecuencias. Te decimos todos lo que es Rafael: no nos oyes. Peor para tí. Lo triste es que no pesarán sobre tí sola las consecuencias, sino sobre tu pobre madre. ¡Pobre hermana mía! ¡Y qué poco te considera tu hija! Piénsalo bien: si no entras en razón, de tí y de tu madre tendremos que separarnos nosotros. Es dolorosísimo, pero es un deber en mí procurar separarte del abismo con energía y sin contemplaciones. ¿Aprueban ustedes mi conducta?

MIGUEL. Plenamente, don Pantaleón. (Don Lino se inclina.)

ENCARN. ¿Le oye usted, don Remigio? ¿Puede hacer más?

REM. (A don Pantaleón y á doña Encarnación.) (¡Muy bien! ¡muy bien! Pero no la apuren más por hoy. Le hizo efecto. Ya está llorando.)

PANT. Conque ahora tú dirás.

PAQ. (Llorando casi.) Yo no sé por qué es esto y por qué todos ustedes están contra Rafael y contra mí. Yo les quiero á ustedes y les agradezco en el alma lo que han hecho por nosotras y el amparo que han dado á mi pobrecita madre. Yo agradezco á esos señores el interés que se toman por mí; pero lo que les han dicho á ustedes de Rafael, no es verdad: sobre todo, lo de los modelos. Yo agradezco á don Remigio el cariño que me tiene, y le respeto mucho, y le querré como hija ó como nieta... que es lo regular. ¡Vamos, que yo agradezco y quiero y respeto á todo el mundo; pero dejar á Rafael no es posible! ¡por nada, por nadie, nunca!

PANT. ¡Paquita! (Con tono duro.)

ENCARN. ¡Por última vez!... (Con tono de amenaza.)

PAQ. ¡Pues sea la última! ¡Y ojalá! ¡Ay, Virgen Santísima, yo valgo poco, pero soy una criatura de Dios! ¡Sé llorar, y mis lágrimas algo valen! ¡Tengo un corazón que sufre, y el sufrimiento de un sér humano algo pesa! ¡Mi corazón será, como me decía el señor cura, un montoncito de tierra; pero en ese montoncito ha echado raíces el cariño de Rafael: y esas raíces atan la tierra, la abrazan, la aprietan, la sostienen! ¡Ay, si las arrancasen! ¡entonces sí que la pobre tierra se desharía en polvo!

ENCARN. ¡Basta de palabras!

PAQ. ¡No son palabras, señora: son lágrimas! ¡No tan imbécil que no conozca la maldad! ¡No tan débil que no sepa defenderle á él y defenderme á mí misma! ¡No tan poca cosa que se me pueda llevar adonde convenga á otros sin contar conmigo! ¡Aunque llore, no cederé! ¡Aunque me rodeen, aunque me hostiguen, aunque me atormenten, no le olvido! ¡No!... ¡no!...

y ¡no!... ¡De Rafael! ¡De nadie más!... ¡Ay, Rafael!... ¡Ay, madre mía! ¡madre mía!... (Sale: dice esto con lágrimas, pero con energía.)

ESCENA IV

DON PANTALEÓN, DOÑA ENCARNACIÓN, DON REMIGIO, DON MIGUEL y DON LINO

MIGUEL. ¡Qué carácter tiene Paquita! ¡No lo hubiera creído!

REM. ¡Es muy mona! ¡monísima! ¡con un geniecillo monísimo! Cuando dice: «¡no, no y no» y mueve la cabecita á un lado y otro... es para comérsela!

LINO. ¿Pero á usted le hace gracia lo que ha dicho Paquita?

REM. Muchísima gracia.

MIGUEL. Repare usted que lo que decía era: «no, no y no me caso con don Remigio.»

REM. Ya lo sé. Si estoy acostumbrado: siempre me sucede lo mismo. Todas empiezan diciendo: «que no, que no.» Y al fin yo no puedo más, y acaban por ser mis mujercitas y por morirse por mí. Cuando está más mona una de esas criaturas, es cuando dice: «¡nunca! ¡nunca! ¡de don Remigio, nunca!» Pobrecillas, ¡qué saben ellas!

ENCARN. Menos malo si á don Remigio le parece bien.

PANT. ¡Don Remigio es un filósofo práctico! ¡Don Remigio es un *gourmet!*

MIGUEL. Saborea las victorias difíciles.

REM. Bueno: eso sí. Pero ¿qué hacemos del primo?

PANT. ¿Y qué quiere usted que se haga de ese pobre?

REM. Quiero quitarle de enmedio.

MIGUEL. (Con terror cómico.) ¡Hombre!

PANT. ¡Por Dios!

REM. No, no me comprenden. ¿Ustedes creen que Rafael echará raíces en Madrid? ¿que llegará á tener una posición? Vamos... ¿que ganará dinero?

MIGUEL. ¡Imposible! Le ahogará la atmósfera que le hemos

creado: es decir, que se ha creado él con sus locuras.

LINO. En la prensa será preciso que yo le trate como él merece. Nada más que como él merece. Hay que castigar sus vanidades.

MIGUEL. El desdén y el silencio: he ahí su castigo.

LINO. Sin contar con los disgustos personales, personalísimos, que tendrá en cuanto se presente.

MIGUEL. Y los cuadros que pinte, ¿quién ha de comprarlos? A mí ya me ha consultado alguna persona, y he tenido que decir... la verdad, mi opinión, yo no engaño á nadie. «Señor... don Fulano, no compre usted *eso.*»

REM. Eso es algo. Y usted no volverá á admitirle en su casa, ¿eh? (A don Pantaleón.)

PANT. ¡Por Dios, don Remigio!...

REM. ¿Y el cuadro que ha pintado en Roma y que trae para la Exposición?... ¿Eh? ¿qué tal?

MIGUEL. No hablemos de semejante desvarío. Ya conoce usted la opinión de don Lino: una extravagancia estupenda.

REM. Dice don Zacarías que en cuanto vean en la Exposición el cuadro de Rafael... se van á volver locos... Son exageraciones de don Zacarías, ¿verdad?

MIGUEL. ¡Cuando lo vean en la Exposición! No lo verá nadie: yo sé que no lo verá nadie.

REM. ¿Por qué? ¿Acaso no se admitirá?

MIGUEL. Permita usted que me reserve las noticias que tengo. Son las de usted. (A don Lino.)

LINO. Iguales: idénticas. El cuadro no se admite: cuadros estrafalarios no se admiten.

REM. Bueno, bueno. De modo que se le cortan todos los caminos: que tiene el terreno minado: que no es simpático: que habrá dos ó tres lances personales: que don Zacarías se aburrirá: que se hundirá en la miseria... y entonces, entonces podré yo echarle muy lejos.

ENCARN. ¿Y cómo, don Remigio?

REM. Como eché al primo de Paulita. Se moría de hambre, y le saqué un buen destino para Ultramar. No: no era por nada: ella no lo sintió.

PANT. ¿Y piensa usted hacer eso con Rafael? Tiene usted un gran corazón, y me quita usted un gran peso. Al fin, Rafael es sobrino mío, y aunque se ha portado mal... En fin, aquí no somos unos malvados. (Suena la campanilla.)

MIGUEL. Claro que no. Que sea muy feliz Rafael, muy rico... pero que no venga con sus delirios á perturbarnos el arte. Sea empleado, mercader, comisionista... lo que quiera... ¡pero pintor!

LINO. Pintores hay pocos, don Miguel.

ENCARN. Gracias á Dios: veo que todo se va arreglando.

CRIADA. Aquí está don Zacarías.

PANT. Que pase. (¿A qué vendrá?) (Aparte.)

ENCARN. (¿A qué vendrá ese zorro viejo?) (Aparte.)

ESCENA V

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO, DON MIGUEL, DON LINO y DON ZACARÍAS

ZAC. Felices... felices días á todos... saludo á todos.

PANT. Y todos le saludamos.

ZAC. Si molesto... me voy... es decir, me voy allá dentro.

ENCARN. ¡Usted no molesta ni aquí ni allá!

ZAC. Muchas gracias, doña Encarnación. Pues no veo á Paquita... y yo venía á que hablásemos Paquita y yo. Pero no la veo... bueno... pues me voy... allá dentro.

ENCARN. ¿Y qué tiene usted que hablar con ella? Digo, si puede saberse.

ZAC. Nada, si no es nada.

PANT. ¿Es un secreto?

ZAC. No. ¡Secretos! ¡Por Dios, don Pantaleón! Pero ustedes están ocupados, y yo me voy á decir cuatro cosas á esa chica.

ENCARN. ¿Y no podemos saberlas nosotros?

ZAC. ¡Ya lo creo! Pero no es nada de importancia. ¿Conque puedo verla?

ENCARN. Ahora... no sé... Creo que está ocupada. Si usted nos lo dice... porque Paquita...

ZAC. Bueno, pues entonces á su madre. ¿Se le puede ver á doña Dolores?

ENCARN. Está descansando. Pero si no es cosa reservada, nos lo dice usted á nosotros, y da lo mismo.

ZAC. ¡Para qué molestarles! Yo esperaré á que se desocupe Paquita. Y si ustedes están tratando algo de importancia... yo esperaré allá fuera. (Salida falsa.)

PANT. De ningún modo. Quédese usted aquí. (A éste no se le saca nada.)

ZAC. Eso sí que no. Ustedes tienen sus asuntos... y á mí no me gusta entrometerme en asuntos ajenos... vamos, que no me gusta.

PANT. (Ya te comprendo.) Nosotros nos vamos á ver unas antigüedades... ¿vamos, allá? (A don Miguel y á don Lino.)

MIGUEL. Cuando usted guste.

LINO. Estamos á sus órdenes.

PANT. Con su permiso de usted. (A don Zacarías.) Ahora vendrá Paquita. Avisa á Dolores y á Paquita que don Zacarías desea hablar con ellas.

ENCARN. Ya voy. Acompáñeme usted, don Remigio.

REM. Sí, señora. (Hay que estar á la mira, porque este viejo es muy malo.) Adiós, compañero. (A don Zacarías.)

ZAC. Adiós.

PANT. (Desde la puerta.) Hasta luego. No se marche. (A don Zacarías.)

MIGUEL. Hasta luego. (Salen don Pataleón, don Miguel y don Lino por la derecha, segundo término.)

ENCARN. Conque aguarde, que yo le avisaré á Paquita.

ZAC. Aguardaré... sí, señora.

REM. (¿Qué traes tú, grandísimo bellaco?) (Salen doña Encarnación y don Remigio por la derecha, primer término.)

ESCENA VI

DON ZACARÍAS; después, PAQUITA

ZAC. ¡Ya... ya!... ¡queríais sonsacarme!... ¡Fácil es!... ¡Ellos tendrán escamas; pero yo... soy escamón por dentro... y por fuera tengo piel de anguila!... Claro, el roce con el mundo suaviza mucho la piel. ¡Al momento iba yo á decirles!... ¡cualquiera me obliga á decir lo que no quiero!... ¡Pero Paquita!... ¡Ah! ya está aquí.

PAQ. (Entra apresuradamente.) ¡Don Zacarías!... ¡Dios le manda á usted!... ¿Hay noticias? ¿escribió? ¿trae usted la carta?... ¿Cuándo viene?

ZAC. ¡Hija, por Dios, déjame tiempo para contestarte!

PAQ. Pues empiece.

ZAC. Ni escribió él, ni traigo carta yo, ¡ea!

PAQ. ¡Dios mío! (Con desaliento.)

ZAC. Pero traigo noticias.

PAQ. ¡Noticias!

ZAC. Y ya no viene.

PAQ. ¿Que no viene? ¡Ay, Virgen Santísima, qué va á ser de mí!

ZAC. No viene, porque vino.

PAQ. ¡Mi Rafael! (Vacilando.)

ZAC. (Sosteniéndola.) ¡Chiquilla!... ¡Paquita!... ¿Te pones mala?... ¡Pero criatura!... ¡Nada, que le da algo!... ¿Quieres que llame?...

PAQ. ¡No... eso no... ya pasó!... ¡fué el susto... un susto muy alegre! Pero ¿es verdad que ha venido?... ¡Ha venido!... ¡Y no está aquí! ¡ingrato, mal hombre!... ¡Si ya me han dicho á mí que en Roma se ha echado á perder!... ¡Ya era fácil que hiciera esto hace dos años!

ZAC. Óyeme. Quiso venir, pero yo no quise.

PAQ. ¿Por qué? Todos son ustedes lo mismo.

ZAC. Porque temía que si le veías de pronto te diera algo.

PAQ. Mucha alegría, que bien la necesito, es lo que me hubiera dado.

ZAC. Bueno, pues ahora vendrá.

PAQ. Vaya usted á buscarle.

ZAC. Él se vendrá solito, sin que le traiga nadie.

PAQ. Es que corre mucha prisa. Necesito que venga, que me defienda, que me aconseje. ¡Ay, don Zacarías, qué cosas pasan! ¡Qué tristezas, qué angustias! ¡Soy muy desgraciada! ¡Nos echan de esta casa á mi madre y á mí! ¡Nos echan si no me caso con don Remigio!

ZAC. ¡Con ese vejete ridículo! ¡pues no faltaba más!

PAQ. Pues así me lo han dicho ahora mismo don Pantaleón y doña Encarnación. «Dentro de una hora te decides: á casarte, ó á la calle.» ¿Y yo qué hago? ¿Qué hago de mi madre? ¡Dios mío, aconséjeme usted, ¡ayúdeme, sálveme, don Zacarías!

ZAC. ¡Vamos, calma: todo se arreglará! ¿Ves tú cómo hice bien en venir antes que Rafael?

PAQ. Pues á ver cómo se arregla todo y cómo nos salva usted.

ZAC. Rafael tiene mucho talento. Será un gran pintor. Ya sabes tú lo que yo he hecho por él...

PAQ. Ha sido usted nuestra Providencia. ¡Qué bueno y qué generoso!

ZAC. La verdad es que yo me he sacrificado por Rafael. Le he pasado una pensión para que estudiase en Roma. Salió de aquí como un principiante... y vuelve... vuelve hecho un maestro. (En voz baja.)

PAQ. ¿De veras? ¡Qué alegría!

ZAC. Pero hay que *lanzarle*. Y yo le *lanzaré*.

PAQ. Sí, láncele usted.

ZAC. Sí, hija; pero buen dinero me cuesta.

PAQ. Ya se lo pagará á usted Rafael.

ZAC. De eso se trata. Mira, por algún tiempo él no ganará nada, ó ganará muy poco. Pues me conformo, y sigo sacrificándome.

PAQ. ¡Es usted un ángel!

ZAC. Un ángel muy pobre, Paquita. Mira, le voy á dar... oye, chiquilla... (Bajando la voz.) ¡veinticuatro mil reales anuales! ¡veinticuatro mil! ¡cien duros al mes!

PAQ. ¡Ay, don Zacarías, déjeme usted que le abrace! ¡déjeme usted que llore! ¡Ay, padre mío, padre mío! ¡Así hacen los ángeles del cielo! (Conmovida.)

ZAC. Los ángeles del cielo no prestan... que yo sepa. No, yo no soy un ángel; soy un hombre que se gana el pan con el sudor de su frente. Bueno; pero es preciso, en compensación de mis sacrificios, que todos los cuadros que Rafael pinte en estos cinco ó seis primeros años... hasta que sea conocido, ¿eh? me los ceda á cambio de esa pensión. Y como somos mortales, y la formalidad es formalidad, es preciso que me asegure este compromiso por medio de una escritura. ¿Qué te parece?... Una escriturita...

PAQ. (Sin comprender bien, pero muy alegre.) Ya lo creo: se escribirá todo eso que usted dice.

ZAC. Es que Rafael no quiere.

PAQ. ¡Que no quiere! (Con asombro.)

ZAC. Los artistas son muy vanidosos, y se figuran... ¡Qué sé yo lo que se figura Rafael!

PAQ. Pero ¿en qué está pensando Rafael?

ZAC. ¡Qué sé yo!... ¡Que se hace unas ilusiones!... Si consigues que me firme la escritura, desde mañana tiene veinticuatro mil reales y podéis casaros en seguida, en seguida, dentro de quince días. Si hoy os echa á tu madre y á tí don Pantaleón, aunque no le admitan el cuadro, aquí estoy yo... pero la firmita. Ya ves tú, yo tengo que responder á los que me dan ese dinero.

PAQ. ¡Ay, Dios mío... qué alegría tan grande!... Pero ¿cómo no se pone Rafael de rodillas ante usted?... ¿Quiere usted que me arrodille yo?

ZAC. No nos enternezcamos. A despachar pronto. Me asomo y le llamo... (Asomándose al balcón y haciendo señas.)

PAQ. Pero ¿está abajo?... ¿está Rafael?...

ZAC. Ya no, ya está arriba. Espera, voy á abrir yo mismo

la puerta para que no oiga sonar la campanilla aquella gente. (Sale por el fondo.)

PAQ. ¡Mi Rafael!... ¡Dios mío!... ¡Y unidos para siempre!... ¡Y marcharnos de aquí hoy mismo!... Y verle ahora... ahora... ya no es dentro de un año... ni dentro de un mes... ni mañana... ni luego... ¡Es ahora!... ¡está ahí... él... sí... Rafael!

RAFAEL. ¡Paquita! (Corren y se abrazan, ahogando dos gritos de alegría.)

ZAC. ¡Silencio... silencio!... que si vienen no os dejan daros la bienvenida. Me voy á entretener á aquéllos... (Que no se olvide lo de la firmita.) (A ella en voz baja.) (¡Pobres chicos... cómo se quieren!... ¡me voy enternecido!)

ESCENA VII

RAFAEL y PAQUITA

PAQ. ¡Rafael! (Llorando.)

RAFAEL. ¡No llores!... ¡no llores!... ¡no quiero que llores!

PAQ. ¡Si es de alegría!

RAFAEL. ¡Se acabó el llanto! ¡se acabaron las penas! ¡Ahora la dicha, el triunfo, el amor! ¡Ahora muy abrazaditos á emprender nuestra carrera triunfal por el mundo!

PAQ. ¡Sí; juntos!

RAFAEL. Mírame.

PAQ. ¿Pues no te estoy mirando desde que entraste?

RAFAEL. ¡Qué pálida estás! ¡Tus ojos son más grandes que cuando me fuí! ¡nada, que han crecido! ¡pero en su fondo hay un pocito de dolor! ¡pareces una Dolorosa! ¡Yo no quiero que seas una Dolorosa! ¡Has sufrido mucho! ¿quién te hizo sufrir? ¡Ah! ¡ahora, que se atrevan!

PAQ. ¿Me defenderás?

RAFAEL. ¡Contra todos: ahora soy fuerte!

PAQ. (Contemplándole) ¡Sí que eres fuerte!... ¡Vaya con Rafael!... ¡Yo creo que has crecido!

RAFAEL. ¡Qué felices vamos á ser!

PAQ. ¡Cuenta! ¡cuenta!... ¡conque muy felices!... ¡Di cómo!

RAFAEL. ¡Muy pronto tendré nombre famoso! ¡tendré gloria! ¡tendré riquezas! ¡Mi nombre para que lo lleves tú! ¡mi gloria para hacer con ella una aureola alrededor de tu cabecita pálida! ¡mis riquezas para que tengas palacios, coches, joyas, galas! (Previniendo un movimiento de Paquita.) Si ya sé que tú no necesitas nada de eso; pero tampoco Dios necesita las magnificencias de la creación, y sin embargo, tiene mundos, mares, soles, cielos y estrellas. ¡El de arriba tiene sus lujos; pues la Paquita de aquí abajo tendrá también sus lujos creados por mí!

PAQ. ¡Qué poético vienes! ¿Te han enseñado á decir esas cosas en Italia?

RAFAEL. En Italia he aprendido á ser... (Al oído y riendo.) ¡un gran artista!

PAQ. ¡Vanidoso!... No: ¡ya sé que eres *un genio!* Me lo ha dicho don Zacarías.

RAFAEL. Yo no sé lo que soy. Pero siento aquí (Golpeándose la frente.) algo que hierve, que quema, que brilla por dentro, que no deja dormir, que corre á la mano y la hace temblar, que baja al corazón y lo sacude con palpitaciones desordenadas! ¡Déjame... déjame seguir mi camino! (Separándose.)

PAQ. ¿Dejarte? no. Yo quiero ir contigo.

RAFAEL. (Cogiéndola otra vez.) Aunque no quisieras, te llevaría yo. ¡Necesito llevar conmigo mi estrella, mi musa, mi amor, mi Paquita! Y cuando me sienta herido en estas tremendas luchas de la vida... mi hermana de la caridad.

PAQ. Pero ¿van á herirte? ¡Eso no!... ¡Han hablado aquí de no sé qué riñas... ó disgustos... ó desafíos!... ¡Ay, Rafael!

RAFAEL. ¡No hagas caso! ¡eso es hablar! ¡Pero la lucha será tremenda! Yo quiero subir, y la canalla que me rodea no quiere que suba. En el mundo no hay más que dos

clases de hombres. El hombre águila, que es el que vuela: el hombre lastre, que es el que no puede volar y se cuelga de todas las alas para que los demás no vuelen.

PAQ. ¡Qué infames son! ¿Y podrás tú con todos?

RAFAEL ¡Podré! ¡No me llames vanidoso; pero me siento *un Titán!* No te rías, Paquita. ¡Hay en mí fuerzas infinitas! ¡ansias inagotables!

PAQ. ¡Me das miedo! ¡me infundes respeto! ¡qué pena! Si subes tanto, yo no podré seguirte: me quedaré abajo, ¡qué tristeza!

RAFAEL. ¡No digas eso, que me enfado de veras! Adonde yo suba, subirás tú conmigo. ¡Yo te llevaré en mis brazos!

PAQ. ¡Para que te sirva de carga... de lastre, como decías antes! ¡Yo no sirvo de nada! ¡Yo no soy nada!

RAFAEL. ¿Sabes tú lo que tú eres? ¡Pues una tontina! Lo que estás diciendo es como si las alas les dijesen al ave: «¡No queremos servirte de peso: te vas á cansar si nos subes contigo: déjanos abajo y sube tú sola!» ¡Sin su Paquita, Rafael se arrastra por el suelo!

PAQ. ¡Eso sí que está bien dicho! ¡Ahora sí que me has convencido!

RAFAEL. ¡Pero que no te coja de sorpresa: la lucha será formidable! ¡Tengo muchos enemigos, Paquita! ¡Gente que nada vale, que nada puede; pero que para hacer daño, puede mucho, se encarniza contra mí! ¡Soy el pintor más perseguido que hubo jamás! ¡Qué intrigas! ¡qué cábalas! ¡qué conjuras!

PAQ. ¡Lo ves tú! Por eso quisiera yo defenderte; pero no con soserías de niña, sino de un modo material, como si fuera otra Juana de Arco, ¡con mi casco, mi coraza y mi espada! ¿comprendes? Contra esos hombres siento yo unas iras terribles; pero mis iras se deshacen en lágrimas, y como las lágrimas ni pegan, ni cortan, ni rajan, ni siquiera machacan, todo el mundo se ríe de ellas y me dicen: «á secarse esa cara, lloro-

na.» Muchas veces, oyendo lo que me cuenta don Zacarías... de las cosas que hacen contigo... me retuerzo los brazos, gritando: «¡ay, si yo les cogiese á esos tunantes... así, así, así!» (Apretándose los brazos.) No, y yo me hago mucho daño; pero á ellos no les hubiera hecho ninguno: esa gente tiene el pellejo muy duro. Oye y ríete: Una noche me fuí al salón de Antigüedades de mi tío, ¿te acuerdas? donde hay aquellos figurones de madera pintada, y pensé: «voy á imaginarme que ese sayón del pelazo rojo es don Miguel y le voy á pegar un puñetazo en la cabeza á ver si le rompo.» Y enarbolé el brazo, y apreté el puño, y cerré los ojos y ¡zás! ¡con toda mi alma! Pues nada, hijo: el muñeco impasible. Conque en esto me sorprendió don Pantaleón en la tarea de dar trompazos al monigote. Figúrate la escena: el salón lleno de trastos viejos y envuelto en sombra; ¡muy temeroso! ¡muy temeroso! sobre la cabeza de una esfinge mi palmatoria: yo colérica, desgreñada, dando de golpes al muñeco: don Pantaleón de puntillas sorprendiéndome: el sayón de madera tan formal, y mi muñeca descompuesta: quince días llevé una venda negra. En aquel salón de trastos viejos y empolvados, un leño pintado de almazarrón pudo más que tu Paquita valerosa con todos sus amores y todos sus enojos.

RAFAEL. ¡Paquita!

PAQ. ¡Ay, Rafael, qué cobarde, qué débil soy! ¡Yo no sé cómo quieres tanto á tu Paquita, porque chiquilla más inútil!... ¿verdad que soy inútil?

RAFAEL. ¡Inútil! ¡y eres una heroina! Pero tú no te apures, que para solfearles basto yo. Yo he de aplastarlos *en todos los terrenos;* poniéndoles en ridículo en todas partes, sacudiéndoles en la prensa, acuchillándolos en ¡el campo del honor! y en el terreno del arte... con mi cuadro, con el que traigo para la Exposición, ¡les abismo!

PAQ. ¿Es bueno?

RAFAEL. Yo no sé si es bueno... á mí me parece que sí. Pero ¡cómo lo he pintado! Cada vez que ponía el pincel en el lienzo, me decía á mí mismo: «de esta pincelada depende que Paquita sea mía...» y no parece sino que mi alma corría por mi brazo y bajaba al pincel y lo agitaba con la poderosa vibración de la esperanza. ¡Aquella manchita de pintura era un pedazo de vida que se pegaba al lienzo! ¡Así está pintado todo él!

PAQ. ¡Entonces será hermosísimo!

RAFAEL. Yo creo que sí. Cada vez que modelaba y daba bulto á un músculo, pensaba, es mi brazo que se encoge para aplastar el cráneo de uno de esos imbéciles: ¡mira tú si habré modelado con energía y con espesores de realidad! Cada vez que trazaba un rayo de luz, me figuraba que iba á parar á tu frente: ¡conque si habré yo puesto luz en aquel rayo! Cada vez que trazaba un contorno...

PAQ. ¿Qué te figurabas?

RAFAEL. Que era mi brazo que se encorvaba y cogía tu cintura: ¡qué contornos habré trazado! El cuadro no será perfecto; pero tú y yo, nuestro amor, nuestras penas, nuestras esperanzas, andan por aquel lienzo y lo hacen palpitar con estremecimientos que han de comunicarse á la muchedumbre que alrededor de mi cuadro se agolpe, ó el arte es una mentira, tú una ilusión y yo un pobre demente: ¡y no hay verdad, ni amor, ni gloria, ni grandeza, ni nada en el mundo! (Con extraordinaria excitación.)

PAQ. No te incomodes, Rafaelito: el cuadro es muy hermoso, yo te digo que es muy hermoso.

RAFAEL. ¿Verdad que sí? (Sonriendo.) Cuando esté en la Exposición y todo el mundo alrededor preguntando, «¿de quién es? ¿de quién es? ¡el nombre! ¡el nombre!» y en los demás cuadros nadie: ¡todo el mundo en el mío!...

PAQ. ¿Pero lo admitirán?

RAFAEL. ¡Qué! (Con asombro.)

PAQ. Si estás seguro de que admitirán tu cuadro.

RAFAEL. ¡Pero criatura!... ¡pobrecilla!... ¡no admitir mi cuadro!... Tú no entiendes de esas cosas, monina. ¡No admitir mi cuadro! Vamos, eres una niña.

PAQ. Como son tan malos esos hombres... tan envidiosos...

RAFAEL. ¿Qué? Que lo sean.

PAQ. Don Zacarías tenía miedo, para que lo sepas.

RAFAEL. ¿Miedo de qué?

PAQ. Pues de eso... y me dijo: «á tí y á tu madre os echan hoy de esta casa...» ¿No te lo había dicho, Rafael? ¡Nos echan!

RAFAEL. ¡No sé: qué importa, sigue!

PAQ. Pues dijo don Zacarías: «yo os amparo á todos, y antes de quince días os casáis.»

RAFAEL. Sí; eso es, corriente: ya se sabe que nos casamos. Pero lo del cuadro: lo del cuadro.

PAQ. «Y yo le señalo á Rafael, agregaba, veinticuatro mil reales al año con tal que me firme...»

RAFAEL. Sí, la escritura: que espere sentado. Pero acaba, hija; acaba, por Dios. ¡Me tienes en áscuas! ¡Vamos, Paquita, vamos! Esa idea estúpida... de si no admitirán el cuadro... ¿de quién ha salido esa idea?

PAQ. Pues él lo dijo: pero agregó que con tal que *firmases*, nos amparaba y nos casaba, y te daba la pensión aun en el caso de que no te admitiesen el cuadro.

RAFAEL. ¡Pero él qué sabe! ¿Por qué supone eso? ¿Dónde lo ha oído? ¡Que venga!... No... ¡es imposible! ¡Oh, esa infamia es imposible! ¡Que venga don Zacarías!... ¡Pronto! ¡Pronto!... (Con violencia.)

PAQ. ¡Por Dios, Rafael, cálmate! ¡Si no será verdad!

RAFAEL. ¡Que lo diga, que lo diga!... ¡Aquí todo el mundo!

ESCENA VIII

PAQUITA, RAFAEL, DOÑA ENCARNACIÓN y DON ZACARÍAS

ENCARN. ¿Qué gritos son esos?... ¡Ah!... ¡Rafael!

RAFAEL. Sí, señora: aquí está otra vez Rafael. Se fué, pero vuelve.

ENCARN. Pues que sea la última vez; porque ya no has de ver más á Paquita. Paquita se casa.

RAFAEL. ¿Con quién?

ENCARN. Con don Remigio.

PAQ. ¡He dicho que no! ¡Ya lo sabe usted! ¡Lo dije antes: lo repito ahora! No diga usted nada: sé que mi madre y yo tenemos que salir de esta casa. Usted nos ampara, ¿no es verdad? (A don Zacarías.)

ZAC. De él depende, hija mía.

PAQ. Rafael, ¡ya le oyes! Si tú quieres...

RAFAEL. Sí: de eso ya hablaremos. Pero mi cuadro, ¿está admitido? (A don Zacarías.)

ZAC. Pregúntaselo á don Miguel: ahí dentro está.

RAFAEL. ¡Pues que venga!

ZAC. Ya viene.

ENCARN. (Ahí tienes lo que son los artistas: más le preocupa su cuadro que tú.) (A Paquita.)

PAQ. (No sea usted cruel, que bastantes penas tengo yo.)

ESCENA IX

PAQUITA, RAFAEL, DOÑA ENCARNACIÓN, DON ZACARÍAS, DON PANTALEÓN, DON MIGUEL, DON LINO y DON REMIGIO

ZAC. Aquí les tienes á todos: pregunta, pregunta.

RAFAEL. Ya estamos todos.

PANT. Ya nos han dicho que estabas tú. ¿A qué vienes?

RAFAEL. A dos cosas. Primera: á llevarme á Paquita y á su madre.

PAQ. (Con alegría.) (¡Lo ve usted!) (A doña Encarnación.) (No se había olvidado de mí: y es lo primero que ha dicho.)

PANT. ¿A llevártelas? De ellas depende: libres son.

RAFAEL. Si usted las arroja no depende de ellas; pero no hablemos de esto.

PANT. ¿Y la segunda?

RAFAEL. A dirigir una pregunta á don Miguel.

MIGUEL. ¿Cuál es?

RAFAEL. En seco: á responder. ¿Está admitido mi cuadro?

MIGUEL. No. En seco también.

RAFAEL. ¿Es seguro?

MIGUEL. Seguro.

RAFAEL. Pues bien, ¡es una infamia que yo castigaré!

ZAC. Cuenta conmigo... si me firmas aquello... porque no puedo de otro modo... hijo... no puedo de otro modo.

RAFAEL. ¡También éste quiere maniatarme, explotarme! ¡Aquéllos hundirme en la oscuridad, y éste chuparme la sangre á la luz del sol!

PAQ. ¡Rafael!

RAFAEL. (Después de mirarla: la da un beso en la frente.) Sí: tú eres antes que todo. Firmaré la escritura, don Zacarías. ¡Entre tú y él podéis sacar á tu madre de esta casa!

PAQ. ¡Qué bueno eres!... ¡Qué bueno!... ¿Lo ve usted? ¿Vamos? (A don Zacarías.)

ZAC. ¡Vamos!

PAQ. ¡Cuánto me quiere! (Salen los dos.)

ESCENA X

RAFAEL, DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON MIGUEL, DON LINO y DON REMIGIO

REM. (¿Pero se la lleva? ¿Se la lleva? ¡Señor: esto no es lo tratado!) (A don Pantaleón.)

PANT. (¡Silencio! Tenga usted calma, don Remigio.)

ENCARN. (Mucha calma, que ese hombre está loco.)

REM. (Ya lo veo. Es el peor de todos los primos que he conocido.)

RAFAEL. (Al notar un movimiento de don Pantaleón, de doña Encarnación y de don Remigio.) ¡No: no se muevan ustedes: aquí todos!

LINO. (Me parece que no es prudente...) (A don Miguel.)

MIGUEL. (Creo lo mismo...) ¡Doña Encarnación!... (Despidiéndose.)

RAFAEL. ¡He dicho que todos quietos! ¡Nadie sale! Ya estamos frente á frente: y ahora, ¡oiganme! Yo, ¿qué soy? ¡Un hombre que siente aquí algo! ¡que puede ser algo! ¡que es algo! ¡Por lo menos una esperanza! ¡Y en la esperanza todo cabe! Y ustedes, ¿qué son? ¡Lo ruín, lo viejo, lo que nunca fué nada, la escoria, la impotencia! ¡Desperdicios de la sociedad! ¡barreduras de la vida! (Conteniéndoles.)

PANT. ¡Sal ahora mismo!

RAFAEL. ¡A oir, á oir! Ustedes, ¿qué son? ¡La vejez chocha y decrépita que me disputa el amor de Paquita! (A don Remigio. Este protesta diciendo: «¡Cómo es eso!» ¡La impotencia en el arte, un necio pegado á un pincel, que me disputa mi gloria! (A don Miguel, que protesta á su vez, diciendo: «¡Poco á poco!») La impotencia para todo, que tropezó con una pluma y me babea tinta, porque ni jugo propio tiene. (A don Lino, que exclama: «¡Insolente!») ¡Y ustedes, incapaces de sentir cariño, ternura, lágrimas en la mejilla, estremecimientos en el alma, para saber que hay alma, ustedes tienen la mayor de las impotencias, la del corazón! ¿Sigue la lucha? Pues siga. ¿En todos los terrenos? Pues en todos. ¿Hicieron ustedes que rechazasen mi cuadro, mi esperanza, mi ilusión, mi porvenir? ¡Pues yo lo impondré con sangre!

MIGUEL. ¡Está loco!

LINO. ¡Está loco!

PANT. ¡Sal de mi casa!

RAFAEL. Cuando salgan ellas: antes, no.

ENCARN. Mira. (Cruza por el pasillo doña Dolores, sostenida por don Zacarías y Paquita: se detienen en la puerta.)

RAFAEL. Ahora sí.

PAQ. ¡Adiós!... ¡adiós!... ¡por mi madre y por mí, yo les perdono el mal que nos hacen!... ¡yo les bendigo por el bien que nos hicieron! Sin odios ni rencores salgo de esta casa. ¡Dejo aquí muchos recuerdos! ¡no la odio, no! ¡Adiós!

RAFAEL. Adiós también: dejo aquí muchas humillaciones y

muchas torturas para no llevarme odios: ¡yo, como no soy ángel, sino hombre, mientras dura la lucha, ni olvido, ni perdono! Cuando les tenga á todos ustedes á mis pies... pediré consejo á Paquita... y veremos si lo sigo. ¡Adiós!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ENCARNACIÓN y DON PANTALEÓN

Don Pantaleón paseándose por la sala. Doña Encarnación sentada y pensativa.

PANT. ¿En qué piensas?
ENCARN. En nada. ¿Y tú?
PANT. En nada. (Pausa.) ¿Sabes algo de Rafael?
ENCARN. Hace dos meses que no pasa día sin que me entere de cómo sigue.
PANT. ¿Y cómo sigue?
ENCARN. Mejor, en lo que cabe.
PANT. ¿Pero tiene la vida asegurada?
ENCARN. Asegurada: la herida del brazo va cicatrizándose.
PANT. Menos malo.
ENCARN. No sé qué te diga.

PANT. Hija, lo primero es vivir.

ENCARN. ¿No es verdad que nosotros no tenemos la culpa de nada de lo que le ha pasado?

PANT. ¡Por Dios, mujer! ¡Nosotros! Su vanidad, su carácter... ¡ahí está, ahí está el mal! Enloqueció al ver que no le admitían el cuadro: rompió contra todo el mundo: insultó, tuvo lances...

ENCARN. Nada menos que tres.

PANT. De los dos primeros salió bien: salió vencedor. Pero en el tercero.. á la tercera va la vencida. Pero ¿qué tenemos nosotros que ver con todo eso?

ENCARN. Es decir, ¿que por ese lado podemos estar tranquilos?

PANT. Yo lo estoy por todos los lados imaginables. (Pausa. Don Pantaleón se pasea.) ¿Qué tienes?

ENCARN. ¿Qué he de tener con estos disgustos?

PANT. ¿Qué disgustos? Yo veo que todo se arregló perfectamente. La oveja descarriada tuvo que volver al redil; la fierecilla se amansó: es decir, que al cabo Paquita se casará con don Remigio y será feliz, como son felices las personas de juicio. Mi hermana, la pobrecilla, si al fin ha de morir, que no lo permita Dios, morirá en el seno de su familia muy bien cuidada. Don Remigio vivirá... lo que viva, en la gloria, y además nos protegerá con sus caudales y mejorará nuestra situación. Y, por último, ese loco de Rafael, bien castigado queda y es posible que vuelva á trabajar á mis órdenes... aunque ahora de poco podrá servirme. Pero, en fin, es mi sobrino y no se morirá de hambre. No veo, pues, motivo para que estés preocupada. Yo estoy tranquilo, perfectamente tranquilo.

ENCARN. Pues yo no.

PANT. ¿Por qué?

ENCARN. Anoche no pude dormir.

PANT. Pero ¿por qué?

ENCARN. Me despertó Paquita. Se fué á la cabecera de mi cama y se puso á llorar.

PANT. ¡Qué imprudencia!

ENCARN. No: lloraba bajito; pero sus lágrimas me cayeron sobre la frente y desperté de pronto. ¿A tí no te ha sucedido nunca algo parecido? por lo menos, ¿no lo has soñado?

PANT. Nunca: yo tengo el sueño muy profundo.

ENCARN. Pues mira, es un despertar muy desagradable. Desde anoche estoy yo... así, como por máquina... limpiándome la frente. (Don Pantaleón se pasa la mano por la frente.) Como tú haces ahora.

PANT. Pues no oí nada de eso que cuentas.

ENCARN. Claro: ¡como te metiste en tu despacho y estuviste haciendo *cuentas!* Y yo á cargar con el mochuelo; es decir, con las lágrimas de Paquita.

PANT. Sí: estuve haciendo cuentas. Las cuentas distraen mucho. Sobre todo, las sumas. Gano dos aquí, cuatro allá, por este concepto ocho, por el otro seis: *total,* veinte. ¡Ah! ¡los *totales!* ¡los *totales!* El mundo va mal porque todo anda disperso: no hay más que sumandos. El día en que Dios tire una raya por debajo de soles, mundos y seres y diga: «¡Ea, á sumar! ¡Total de la creación, *tanto!*» ese será un gran día.

ENCARN. Me parece á mí que quien nos va á totalizar á nosotros ese día va á ser el diablo.

PANT. (Riendo.) También suma, también. Pero es muy tramposo. ¿Conque Paquita lloraba?

ENCARN. Mucho.

PANT. ¿Y la acompañaste en el llanto?

ENCARN. No pude: desperté con los ojos secos.

PANT. Tú no estás buena.

ENCARN. No me duele nada, pero no estoy buena. ¡Esa chiquilla es lo más inconsiderada! ¡Me da unos disgustos! Como si nosotros tuviéramos la culpa de lo que le pasa. ¿Verdad que no la tenemos?

PANT. ¡Nosotros! Pero mujer, ¿hemos tenido la culpa de que Rafael sea un loco y un camorrista? ¿hemos llevado por el aire la bala que le destrozó el brazo? ¡No: ella

se fué solita adonde pudo hacer más daño, y adiós pintura, adiós pinceles, adiós gloria y adiós pintor! Es una desgracia, pero estas desgracias suceden algunas veces. Hace poco, en París, un crítico mató á un pintor de un balazo. Andando con balas, hay mucha exposición.

ENCARN. Estamos conformes: pero, ¿y Paquita?

PANT. A eso voy. Cae herido Rafael: se lo llevan unos amigos: está entre la vida y la muerte dos meses: queda inútil para todo, con la miseria en perspectiva; los que prestaban dinero á don Zacarías dan un corte, y el pobre viejo se va á París con el cuadro de Rafael: Paquita y su madre en la calle: Dolores se agrava: ¿y qué hubiera sido de ella sin nosotros? Lo digo con la altivez serena del hombre honrado: olvidándolo todo, su ingratitud, su abandono, sus palabras crueles: les abrimos los brazos y en nuestra honradísima morada están honradamente. Estas cosas se pueden decir en voz alta.

ENCARN. No me escamotees la situación, Pantaleón. Las tragimos después de jurarnos Paquita que se casaría con don Remigio. Así, clarito: le dimos á escoger entre la miseria, el hambre, el hospital ó la boda. Su angustia fué suprema: la lucha horrible: y aceptó. ¡Recuérdalo!

PANT. ¡Hija, esas lagrimillas de Paquita que te han caído en la cara, te han enturbiado la vista, y todo lo ves de color oscuro!...

ENCARN. Es que nosotros...

PANT. Es que nosotros, al obligar blandamente, cariñosamente, paternalmente á Paquita á que se case con don Remigio, hacemos su felicidad.

ENCARN. ¿Estás seguro?

PANT. Su felicidad, señor; su felicidad. Lo digo, lo sostengo, lo pruebo.

ENCARN. Pues pruébalo.

PANT. ¡Pero qué poco seso tiene todo el mundo! ¡Qué modo

de exagerar las cosas! En la vida se vive... como se vive en la vida. Vamos á Paquita: ahora, unos días de lloriqueo: luego, la abundancia, el regalo, el reposo, la riqueza y el placer inefable de haber procurado á su madre una muerte tranquila. Para las almas puras, *el sacrificio* es un placer celestial: pues le proporcionamos ese placer.

ENCARN. En todo eso tienes razón. ¡Pero dice que se muere por Rafael!

PANT. ¡Que se muere! ¡que se muere! Todas las chicas se mueren por alguno, y la mayor parte no se muere por nadie. Ya se olvidará de Rafael. ¿A que si no te hubieses casado conmigo no te mueres tú? Vamos... la verdad.

ENCARN. Me parece que no me muero.

PANT. ¡Ah! pues ella tampoco: que no es mejor que tú.

ENCARN. A sensibilidad no me gana esa chiquilla.

PANT. Ni á mí tampoco. Sólo que soy un hombre de juicio.

ENCARN. Pero escucha; casos se han dado de amores sublimes... eternos... ¿Y si fuese verdad que no puede olvidar á Rafael?... Entonces... entonces... no hay escape... entonces somos verdugos de esa criatura... la hacemos desdichadísima...

PANT. ¡La hacemos felicísima!... les hacemos felicísimos... ¡Pero qué pocos alcances tienes, Encarnación!

ENCARN. ¡Que les hacemos felices... casándola con don Remigio! ¡No me queda otra cosa que oir!

PANT. Pues ya lo has oído.

ENCARN. ¿Y también hacemos feliz á Rafael?

PANT. También. ¡Pero, hija, no sabes echar la cuenta más sencilla! ¡Me das vergüenza! Dime: ¿no es muy viejo don Remigio?

ENCARN. Me parece que sí.

PANT. Bueno. Pues discurramos con juicio, ya que él no lo tiene. ¿No se morirá por ley natural dentro de cuatro ó cinco años, á todo tirar?

ENCARN. Yo creo que no durará ni un año.

PANT. Pues mejor. Es decir, mejor para él, no. Mejor para el cálculo que voy haciendo. Ahora verás. Ya te he dicho que yo he cuidado del porvenir de Paquita y que en los contratos matrimoniales...

ENCARN. Ya sé todo eso.

PANT. Perfectamente. Pues resulta que cuando dentro de un año se muera don Remigio, Paquita queda por dueña de una enorme fortuna, y entonces es la ocasión de casarse con el loco de Rafael. ¿Qué tal?

ENCARN. ¡Demonio!

PANT. No, hija; no son cosas del demonio, sino cálculos juiciosos. Ni nosotros ni Paquita hacemos nada malo: *esperamos sucesos que no podemos evitar*. Conque se casan: son felices: son ricos: Rafael, en vez de morirse de hambre, vive en la opulencia: y ¿á quién le deberán todo eso más que á este malvado, á este tirano, á este verdugo de don Pantaleón?

ENCARN. ¡Pues es verdad! ¡Y todavía lloriquea esa chiquilla, y no me deja dormir! ¡Ya le diré yo!...

PANT Los que nacen locos, locos morirán.

ENCARN. Y nosotros...

PANT. Nosotros ya sabes que ganamos muchísimo con la boda: pero es porque las cosas vienen así rodadas. ¡Qué remedio! Si cayese un chaparrón de monedas de cinco duros y el viento las echase hacia mi casa, ¿había yo de cerrar los balcones? Ni yo ni nadie: ¡de par en par!

ENCARN. Mira, Pantaleón, me has quitado un gran peso de la conciencia.

PANT. ¿Qué te habías imaginado? ¿que eramos dos traidores de melodrama?

ENCARN. Anoche lo pensé. La verdad; lo pensé.

PANT. ¿Y ahora?

ENCARN. Ahora veo que somos dos parientes amorosísimos.

PANT. ¡Ajajá!

ENCARN. ¡Ea, ea! tienes razón: que venga pronto don Remigio: que vengan los testigos, don Miguel y don Lino: y á casarse... y sea lo que Dios quiera.

PANT. Pues eso digo yo: que sea lo que Dios quiera. No, si yo no quiero nada malo. Que viva don Remigio todo lo que le pueda vivir... que no será mucho. Y cuando don Remigio enferme, se buscarán los mejores médicos; todos los de Madrid pienso yo meterle en la alcoba.

ENCARN. Sí, Pantaleón, sí. Ya estoy tranquila.

PANT. Yo no; ahí tienes: yo no. Hasta que se casen no estoy tranquilo.

ENCARN. ¿Qué ha de ocurrir en dos horas?

PANT. Siempre puede ocurrir algo en este mundo para desbaratar los planes más juiciosos. Con la emoción puede morirse don Remigio antes de tiempo. Ó puede aparecer por ahí Rafael y estrangular al viejo con el brazo que le queda.

ENCARN. Es el izquierdo.

PANT. Con el izquierdo no se puede pintar, pero se puede estrangular... Ó puede darle algo á Paquita, ó puede enterarse su madre y oponerse. Ahí tienes si pueden ocurrir cosas: con otras mil en que yo no pienso. ¡Ah! ¡y cuidado con que á su madre le digas nada!

ENCARN. Ni sabe nada, ni está para ocuparse de nada.

PANT. Hasta que yo no vea la bendición por los aires, estamos en el aire. Mira, llama á Paquita y entretenla, no haga el diablo que tenga *alguna expansión* con Dolores. Después de todo, Paquita ya es mayor de edad y no necesita el consentimiento de su madre... pero lo seguro es lo seguro. Llámala.

ENCARN. Ahí viene ella; ¡qué cara trae! Ea, yo me voy. Si me quedo me da un mal rato...

PANT. Eso sí que no. Vamos... me da miedo. Tú lo has arreglado todo, completa tu obra.

ENCARN. ¡Qué pálida! ¡Pero que esa criatura no ha de hacerse cargo de nada! Yo tengo que hacer... Adiós.

PANT. Arreglé lo que debía arreglar. Estas cosas no son propias de mujeres. El llanto de Paquita me pone nervioso.

ENCARN. Pues no me quedo.

PANT. Ni yo. Pero sola no podemos dejarla.

ENCARN. ¡A que le tenemos miedo los dos! ¡Y eso que somos sus bienhechores!

PANT. Miedo... no... ¿por qué?... ¡Adiós!

ENCARN. Pues adiós yo también. (Quieren salir.)

ESCENA II

DON PANTALEÓN, DOÑA ENCARNACIÓN y PAQUITA

PAQ. ¡No me dejen! ¡No se marchen ustedes!

ENCARN. Tenía que hacer, hija.

PANT. Y yo tenía que arreglar unos papeles para cuando venga don Remigio.

PAQ. No: un instante. ¡Por Dios, no me desamparen ustedes!

ENCARN. Ya empieza.

PANT. Pero Paquita, ¿podemos ampararte más?

PAQ. Es que quiero hablarles á ustedes. Quiero que ustedes me comprendan. ¡Si yo supiera decir todo lo que siento! No soy desagradecida, no. ¡Sé que todo lo hacen ustedes por mi bien! Perdónenme ustedes... ¡pero no puedo más!... ¡no puedo más!... ¡Oh, Dios mío, dame palabras; dame ideas! ¡haz que les convenza!... ¡Si ustedes supieran lo que sufro!... ¡Dios mío, Dios mío!

ENCARN. ¿Lo ves tú? ¿Lo ves tú? (A don Pantaleón.)

PANT. Pero, Paquita, ten un poco de juicio. Hazte cargo de las circunstancias. Tú no sabes nada de las cosas de este mundo. Serás muy feliz con don Remigio

PAQ. ¿Con él?... ¿Con ese hombre?... ¡ser su mujer!... ¡mandar él en mí! ¡vivir con él!... ¡verle siempre!... ¡oirle siempre!... ¡Oh, la pesadilla horrible!... ¡la pesadilla repugnante!

PANT. Esas son palabras: ¡locura de chiquilla! ¡de chiquilla de la escuela!

PAQ. ¡Pues si soy una chiquilla, trátenme como á una chiquilla! ¿Hice algo malo? ¡pues castíguenme como me castigaban en aquel colegio tan cruel en que me pusieron ustedes. Pueden ustedes tenerme á pan y agua: pueden ustedes ponerme horas enteras de rodillas y en cruz: pueden ustedes encerrarme en un cuarto oscuro lleno de miedo, como me encerraban las maestras. Todo eso, bueno: ¡pero entregarme á ese hombre! «¡Llevátela, es tuya! ¡que te mime, que te sonría, porque ese es su deber de esposa!» ¡No... no! ¡eso no! ¡el cuarto oscuro del colegio con su suelo húmedo, con sus sombras, con sus telarañas, con sus ruídos de madera roída, con el terror de que algo frío muerda ó roce la piel! ¡Lo prefiero! ¡porque lucharé, me defenderé, morderé yo también! ¡Pero contra ese hombre no podré, no podré; porque mi obligación será quererle! Porque Dios me dirá: «Es tu obligación, chiquilla», ¡y como lo dirá Dios, tendré que obedecer! ¡Oh, qué infamia, qué infamia, que le pongan ustedes á Dios en el caso de decir esas cosas!

ENCARN. Eso que estás diciendo es un pecado. Tendrás que confesarte.

PANT. ¿Y qué dirá el confesor de tí?

PAQ. ¿Y qué dirá de ustedes?

PANT. Que queremos tu felicidad y la de tu madre.

ENCARN. ¡Mucho se acuerda ella de su madre!

PAQ. ¡Pues si no me acordase!...

ENCARN. ¿Qué?

PAQ. ¡Si no me acordase de ella! ¡Oh, entonces, qué libre! ¡qué fuerte! ¡cómo lucharía con ustedes! ¿La miseria? ¡pues la miseria! ¿A la calle? ¡pues á la calle! ¿A pedir limosna? ¡pues á pedir limosna! ¿A morirse de hambre? ¡pues á morirse! ¡Oh, qué feliz! ¡Dios no querrá darme esa alegría!

ENCARN. ¿Qué dices, criatura?

PANT. ¿Qué dices?

PAQ. ¿Qué he dicho? (Aterrada.)

ENCARN. ¡Le pesa su madre!... ¡Quisiera estar sola!

PAQ. ¡No... no!... ¡No digo eso!... ¡Dios me perdone!... ¡Eso no!... ¡Mi madre!... ¡Mi pobre madre!... ¡Virgen Santísima!... ¡Pero yo no he dicho eso que ustedes dicen! Yo decía: «¡si fuese libre!» pero ya sé que no lo soy... ¡ni quiero serlo!

PANT. Sin querer lo has dicho.

PAQ. ¡Es que en la desesperación no se manda!

PANT. La voluntad manda siempre.

PAQ. Si no mandase la voluntad, ¿me casaría con ese hombre? Pero al que se ahoga, déjenle ustedes lanzar el último grito de agonía y no les asombre que salga ronco y desesperado.

ENCARN. ¡Por Dios, hija, ten juicio! Cualquiera pensaría que vas á entrar en capilla.

PAQ. La capilla me espera; eso, la capilla... y el cura... ¡y la bendición! ¡Parece imposible que pueda haber bendiciones así!

ENCARN. ¡Qué criatura! Pero no se convence... Vamos, dile eso... eso que me decías antes. (A don Pantaleón.)

PANT. Yo... no... no sabría decirlo. (Separándose.)

ENCARN. A mí me lo dijiste.

PANT. Es distinto. A tí... sí: á ella... no sabría cómo.

PAQ. ¿Qué es? (Con ansia, como buscando un consuelo.)

ENCARN. Una esperanza. (Don Pantaleón se separa y observa.)

PAQ. ¡Una esperanza! ¿Cuál?... ¡Por Dios, esa esperanza!...

ENCARN. ¿Cuántos años tienes? Vamos á ver. (Muy cariñosa.)

PAQ. Veintitrés. Pero eso, ¿qué importa?

ENCARN. Que te queda toda una vida.

PAQ. ¡Toda una muerte!

ENCARN. No se muere tan pronto cuando se tienen veintitrés años, tontuela. Se muere pronto, por ejemplo, á la edad de don Remigio. ¿Cuántos años tiene don Remigio?

PAQ. ¡Qué sé yo! ¡muchos! ¡muchísimos! ¡Todos los que se pueden tener!

ENCARN. Pues si tiene todos los que se pueden tener... *pronto se acaban.*

PAQ. ¿Se acaban? (Lo dice maquinalmente.)

PANT. (Acercándose y en voz baja.) Y tu tormento, si esa boda es un tormento, no puede durar mucho.

PAQ. ¿Qué dicen?... Pero ¿qué dicen? (Retrocediendo.)

PANT. Que habrás tenido juicio, que habrás cumplido tu deber para con tu madre... y que libre ya, que por ley natural pronto quedarás libre... tendrás derecho para ser feliz á tu manera... ¡para ser feliz! Dílo tú. (A doña Encarnación.) Para ser feliz...

ENCARN. Casándote... con el hombre á quien elijas.

PANT. ¿A quién eligirás?... ¿A Rafael, pongo por caso? Pues con Rafael.

PAQ. ¿Yo?.. ¿esperar?... ¿Esperar yo?... Y después que don Remigio... ¿qué dicen?... ¿qué es lo que comprendo?..

PANT. ¡Y cuenta que serás muy rica!

PAQ. ¿Riquezas de don Remigio?...

PANT. Pero legítimamente tuyas: Dios y la ley te las dan, conque bien puedes tomarlas. (Toda esta parte de la escena en voz baja, insinuante, cariñosa. Una escena de tentación.)

ENCARN. Y si son tuyas... serán de... Dílo tú, Pantaleón.

PANT. Del hombre que escojas.

PAQ. ¿De Rafael?... ¿Es eso lo que piensan?...

ENCARN. ¿Qué mal hay en ello? ¿Ni á quién se ofende?

PANT. Son leyes de la naturaleza, y leyes de la sociedad. Son... fíjate bien: *deseos no*, no se le desea la muerte á nadie; pero sí *esperanzas:* ¿quién le pone límites á la esperanza?

PAQ. ¿Pero ustedes quieren volverme loca?

ENCARN. ¡Ya lo ha compredido! (A don Pantaleón.) ¡Y se convenció! ¡se convenció! ¡Y tendrá juicio! ¡y se casará!... ¡Hija, si no te casas, sería la ruina de todos! ¡Dame un beso! (A Paquita.)

PAQ. ¡No! (Rechazándola.)

PANT. Si es muy buena y muy juiciosa. Dame la manita.

PAQ. ¡No! (Retrocediendo.)

ENCARN. Pero ya estás más consolada, ¿verdad?

PAQ. ¡Ah!... ¡no!... ¡suelten!... ¡aparten!... ¡Todo eso me

da miedo!... ¡me da horror!... ¡me da asco!... ¡Pero qué ideas son esas que han puesto ustedes aquí!... ¡Fuera!... ¡fuera!... ¡Lejos!... ¡lejos!.... (Restregándose la frente.) ¡Ay, Dios mío, cómo me manchan, cómo me repugnan!... Si yo no pensaba en nada de eso, ¿porqué han hecho ustedes que piense?... ¡Y ya para toda la vida me quedarán estos pensamientos!... ¡No es que yo los quiera, no es que yo los acaricie: es que me rozan! ¡Es que se burlan de mí! Es que me dicen: «¡ya estamos en tu cabecita; no salimos ya de ella!» ¡Y se ríen!... ¡se ríen! ¡Como usted! (A don Pantaleón que la mira riendo.) ¡Como usted! ¡No!... ¡Nunca! ¡aparten! ¡Voy á decírselo todo á mi madre para que me bese aquí, á ver si se van estas ideas malditas! ¡A ella!... á ella!... (Se dirige como una loca á la derecha.)

ENCARN. ¿Adónde vas? (Deteniéndola.)

PAQ. Ya lo dije: á ver á mi madre.

PANT. ¿A qué?

PAQ. Ya lo dije: á contárselo todo.

ENCARN. Para que al verte tan desesperada te diga que no te sacrifiques. ¿No es eso?

PANT. Eso busca: aunque su madre se muera de pena, ¿á ella qué le importa?

ENCARN. Déjala: es una comedia que se representa á sí misma,

PANT. Buscaba un pretexto, lo encontró.

ENCARN. La vida de su madre, ¿qué vale? Su pasión ridícula ¡vale más!

PANT. El médico lo ha dicho: bien lo sabes. La menor emoción puede matarla. (Movimiento de Paquita.)

ENCARN. ¿No lo sabías?

PAQ. (Deteniéndose.) Lo sabía. (Movimiento de lucha.)

PANT. Pues anda, hija: anda.

PAQ. No.

ENCARN. ¿Pero te casarás?

PAQ. Sí.

PANT. Pronto vendrá don Remigio.

PAQ. Que venga.

ENCARN. Y los testigos.
PAQ. Que vengan también.
ENCARN. Yo voy á ponerme la mantilla. Y tú, ¿no te la pones?
PAQ. No sé dónde está.
ENCARN. (La busca y se la da.) Tómala. (Paquita se queda inmóvil con la mantilla en la mano.)
PANT. ¿Tendrás juicio?
PAQ. Sí.
ENCARN. ¿Quieres que te ayude?
PAQ. Bueno. (Paquita ha quedado como de piedra: con la mirada vaga contesta maquinalmente.)
ENCARN. Así... así... aguarda... De este lado... (Le pone la mantilla.)
PANT. Gracias á Dios.
ENCARN. Estás muy guapa.
PANT. Pero sécate los ojos: se conoce que has llorado.
PAQ. No tengo pañuelo.
ENCARN. Toma.
PANT. Siéntate y descansa.
PAQ. ¿Para qué?
ENCARN. Ya creo que está ahí don Remigio.
PANT. Sí: él es.
PAQ. ¡Mejor!
PANT. Prudencia, hija.
ENCARN. Prudencia.

ESCENA III

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, PAQUITA y DON REMIGIO

REM. ¡Felices; hoy sí que son felices de veras! ¿Dónde está Paquita? ¿Dónde está? ¡Ah!... ya la veo. ¿Cómo está mi Paquita? Ven aquí, ven aquí. ¿Me tienes miedo?
PAQ. ¡Sí!
REM. ¡Me tiene miedo! ¿Han oído ustedes? ¡Qué mona!
ENCARN. Eso: eso es: monadas de niña.

PANT. De niña traviesa.
REM. Yo también soy travieso. Digo: me parece... ¡Casarme por tercera vez!... ¿Pero no te acercas?
PAQ. Por qué no; si es preciso...
REM. Ya lo creo que es preciso. Saca, saca todas las ondas de la mantilla para que te haga ondas en la cara. Así, así... (Imitando á las ondas.) Si no puedes, yo te ayudaré.
PAQ. ¡No! (Con repulsión.)
ENCARN. Vamos, don Remigio; tenga usted juicio. Yo te ayudaré, Paquita.
REM. ¡Así! así está bien: muy bien. ¡Una cara pálida y alrededor las ondas negras! ¡Vamos, archidivina!
PANT. No sea usted tunante.
REM. Me parece que sí soy tunante.
ENCARN. Ea, Paquita, no estés cortada: dile algo á tu esposo.
REM. Sí: díme algo. Pero no como á esposo... todavía no. Díme algo como á novio... Hasta que nos echen la bendición somos novios. ¿Conque vas á decir algo?
PAQ. Sí, don Remigio... (Con repentina resolución.)
REM. Va á decir algo... va á decir algo... á ver... á ver.
PAQ. Quiero hablar con usted... pero los dos solos.
REM. ¿Solos? ¡Los dos solos!... Sí, hija; sí. Ustedes se van en seguida.
ENCARN. ¡Pero Paquita!...
PANT. Don Remigio... yo no sé.
REM. ¡Ha dicho los dos solos! ¡Ea!... ¡No ser pesados!
ENCARN. Sin embargo...
REM. ¡Yo lo mando!... ¡Ella lo manda!... Aquí manda ella. ¡Conque á despejar!...
PANT. Bueno, hombre: no se enfade...
ENCARN. Pero Pantaleón...
PANT. Vámonos, mujer. (Ya estaremos á la mira.)
REM. ¿Se van, ó no se van?
ENCARN. Ya nos vamos. (¿Qué querrá decirle?)
PANT. (No sé: diablo de chica.) Hasta luego. (Se retiran recelosos y contrariados.)

ESCENA IV

PAQUITA y DON REMIGIO

REM. Ya estamos solos, Paquita.

PAQ. Ya lo veo.

REM. ¿Tenías algo que decirme?

PAQ. Sí.

REM. ¿Y qué era?

PAQ. No me acuerdo.

REM. Vamos, chiquilla, serénate.

PAQ. ¡Me ahogo!... ¡No puedo!... ¡Me ahogo!... (Se deja caer la mantilla sobre los hombros.)

REM. ¡Te quitas la mantilla! ¡Si nos vamos en seguida á la iglesia! ¡Y tan bien como estaba!... ¡con aquellas ondas!

PAQ. Luego me la pondré.

REM. Bueno: como quieras; pero es una lástima. ¿Conque no te acuerdas de lo que ibas á decirme?

PAQ. Sí: poco á poco voy acordándome. Ya está. Don Remigio, ¿por qué quiere usted casarse conmigo?

REM. ¡Por qué! ¡por qué!... Por muchas cosas. Porque eres muy buena, muy dulce, y sobre todo, bonita, bonitísima.

PAQ. Sí, puede ser: yo creo que he sido bonita. Pero usted no ha reparado que ya no lo soy. Estoy muy flaca; ¡he desmejorado mucho! ¿no lo ha observado usted? ¡Los insomnios, las penas, las lágrimas!... Ya ni soy bonita, ni joven: soy una vieja.

REM. Muchas viejas me den así, que las tomo todas. (Riendo.) ¡Já! ¡já! ¡já!

PAQ. ¿No hay modo de convencerle á usted?

REM. ¿De qué?

PAQ. Don Remigio, yo debo decirle á usted lealmente que, aunque le agradezco el cariño que me profesa y las bondades de que me colma, no me caso por mi voluntad: me caso porque mi madre no quede abando-

nada. ¡Es por ella! Por mí, sólo por mí, no me casaría.

REM. Bien, Paquita. ¿Te casas por tu madre? bueno. Tan ricamente. Una buena hija, será una buena esposa. Hoy te sacrificas por tu madre: mañana te sacrificarás por mí.

PAQ. ¿De modo que usted no desiste? (Con desaliento.)

REM. Pero, hija, ¿cómo quieres que desista?

PAQ. De este modo. Usted les dice: «Paquita me ha convencido de que no debemos casarnos».

REM. ¡Pero si no me has convencido!

PAQ. Ya lo sé. Pero es lo que yo quisiera que usted dijese. (Con angustia.) «Me ha convencido. Y no es que ella se oponga: no se opone. Pero yo desisto».

REM. ¡Dale!

PAQ. ¡Oigame usted, por Dios! «Yo desisto, sigue usted diciendo; pero no se ofendan ustedes ni les causen daño á Paquita y á su madre. Yo les protegeré á ustedes (á mis tíos) como hasta aquí, con la condición de que no desamparen ustedes á doña Dolores». Y usted manda en esta casa, don Remigio. Si usted dice eso, todos le obedecen y no hay boda.

REM Pero no lo diré. ¡Un demonio diré yo eso!

PAQ. ¿Por qué, don Remigio? ¡Usted es muy bueno: usted tiene un alma tierna y compasiva! ¡Don Remigio, existen muchos cariños! ¡de muchas clases! ¡Existe la amistad, seré para usted la amiga más leal!...

REM. ¡No es eso! ¡no es eso!

PAQ. Existe el cariño de hermanos. Seré su hermana menor... y usted el hermano mayor.

REM. ¡Que no, vamos! Tuve una hermana y no nos podíamos aguantar.

PAQ. (Con angustia creciente.) Pues entonces, como le decía á usted antes, á mi bienhechor: ¡le querré como á un padre!

REM. Bueno: eso sí... pero nos casamos. (Después de meditarlo.)

PAQ. (En el límite de la angustia.) Yo le cuidaré cuando sea preciso. Y en cuanto estuviese usted enfermo, yo iría á su casa de usted, y á la cabecera me tenía como una *hermana de la Caridad.*

REM. Bueno: pues supón que toda la vida voy á estar malito.

PAQ. Siempre enfermo no puede ser, porque se moriría usted.

REM. ¿Y tú quisieras que yo me muriese? La verdad.

PAQ. (Con espanto.) ¡No! ¡eso no! ¡jamás! ¿Morirse usted para fundar yo mi felicidad en su muerte? ¡No, don Remigio: yo no quiero eso! Antes mi vida que... en fin, yo me entiendo.

REM. ¿De modo que darías tu vida por mí?

PAQ. En ese caso... en el que yo pienso... sí: sin vacilar.

REM. ¡Que pasión! ¡qué criatura! Mira, Paquita... ninguna de mis difuntas me dijo una cosa así. (Conmovido.) Y lo has dicho de corazón.

PAQ. ¡De corazón!

REM. Bueno; pues con una prueba como esta de cariño, ¿cómo voy á renunciar al casamiento?

PAQ. (Espantada.) ¡Don Remigio, por Dios y la Virgen Santísima!

REM. Ya me ibas convenciendo... ¿y quién sabe? quizá hubiera cedido; pero después de lo que acabas de decir... ¡no renuncio, aunque me hagan picadillo!

PAQ. ¡Don Remigio!

REM. Nos casamos.

PAQ. ¿Quiere usted que le suplique de rodillas? (Con angustia suprema.)

REM. Nos casamos.

PAQ. ¡Por última vez! (Con desesperación.)

REM. No te canses.

PAQ. ¿No hay modo?...

REM. Ponte la mantilla, Paquita.

PAQ. ¡Pues sea!... ¡Y adiós á la vida, á la esperanza!... ¡La esperanza! ¡no la quiero!... Oígame usted. Una idea

que mancha ha cruzado por aquí. (Se toca la frente.) Una sacudida repugnante me ha estremecido el corazón. Algo que da bascas me ha subido á la garganta. Una palabra todavía. Yo me sacrifico: no me vendo. Me caso por mi madre: no por sus riquezas de usted. Yo no acepto nada, no tomo nada de usted: ni ahora, ni nunca. No sé qué cosas me ha contado don Pantaleón de dote y de testamento. Todo eso es inútil: lo rechazo. Mientras usted viva... mi sacrificio: eso es lo único mío. Cuando usted se muera... la miseria: eso es lo único que admito. ¡Sacrificio y miseria! ¡Y ahora, á casarnos!

REM. ¡Paquita!

PAQ. ¿Anulará usted esa dote?

REM. Sí: te lo juro.

PAQ. ¿Romperá usted ese testamento?

REM. Lo romperé. Por tí estoy yo dispuesto á los mayores sacrificios.

PAQ. ¡Pues empiece el mío!

UNA CRIADA. El señorito Rafael.

REM. ¿Rafael? ¿tu primo?... ¿asiste á la boda?... ¡demonio!

PAQ. Le hice llamar yo. Esté usted tranquilo. Es para ahogar en aquel pobre corazón la última esperanza. Pero quiero despedirme de Rafael.

REM. Me parece...

PAQ. ¡Sin despedirme de él, no voy á la iglesia!

REM. ¿Y no sería mejor?...

PAQ. ¡No me apure usted mucho!... ¡Que no puedo más!

REM. Bueno, hija: no te enfades. Si tengo confianza: ya lo creo... después de las pruebas que me has dado de lealtad, de cariño, de abnegación...

PAQ. (Señalando la puerta de la derecha.) ¡Pues pronto!

REM. Pues breve.

PAQ. ¡Por Dios crucificado!...

REM. ¡Crucificado me tienes tú el corazón!

PAQ. ¡Que no puedo más!

REM. Bueno... bueno... ya me voy. ¿Pero vas á ser mi mujercita?

PAQ. Sí: he dicho que sí.

REM. ¡Pues en la gloria! (Sale como crea el actor que debe salir.)

ESCENA V

PAQUITA y RAFAEL

Paquita se cubre el rostro con las manos y solloza. Rafael avanza lentamente. Viene pálido, el pelo descompuesto, el *brazo derecho* sostenido por una cinta negra y ancha pendiente del cuello, y la mano metida en la levita. La manga de la levita desgarrada y cerrada por cintas. El brazo izquierdo caído con desaliento. En todo él abatimiento profundo y desesperación. Paquita levanta la cabeza, se vuelve, le ve, da un grito y corre con los brazos abiertos. Rafael inmóvil.

PAQ. ¡Rafael!... ¡Rafael!... (Abrazándole: él inmóvil.)

RAFAEL. Abrázame, bueno, abrázame. Pero yo no puedo. Con un brazo... no se puede abrazar.

PAQ. ¡Mi Rafael de mi vida! (Llorando.) ¿Por qué no me abrazas?

RAFAEL. Ya lo digo. Con un brazo no se puede abrazar... Abrazar bien... á gusto... Pero con un brazo... se rechaza, se ahoga, se mata, (Haciendo algo de esto con Paquita.) ¡se maldice! (Ya la ha separado de sí y levanta el brazo izquierdo con maldición terrible.)

PAQ. Haz lo que quieras conmigo. ¡Es la primera vez que te veo después de tanto tiempo!... ¡Creí que ibas á decirme otras cosas!... No importa. ¡Insulta, pega, mata si quieres!... ¡Lo que venga de tí, golpe ó caricia, á caricia me sabe, Rafael!

RAFAEL. Me lo habían dicho, y no quise creerlo. Recibí tu carta, y no quise creerla. Me decías que era hoy, y me arrojé de la cama. Me pesaba este brazo como si de él me hubieran colgado un cadáver, y lo colgué de

cualquier modo y vine á verte. Llegué: me detuve allí y te vi; lo dijiste: Paquita se casa con el viejo. ¿Mentías? ¿Mentías para ganar tiempo?

PAQ. Sí.

RAFAEL. ¿Te vas á casar?

PAQ. Sí.

RAFAEL. ¿Por que es rico?

PAQ. Sabes que no.

RAFAEL. ¿Por que eres pobre?

PAQ. Puede ser que sí.

RAFAEL. Y además, porque yo no sirvo para nada, porque la miseria es mi lote y sería el vuestro. ¿No es así?

PAQ. ¿A qué preguntas lo que sabes?

RAFAEL. Y á tí te espanta la miseria conmigo, ¿no es verdad? ¡Con el gran pintor... bueno! ¡Pero con el mutilado inútil... eso no!

PAQ. No fué por mí.

RAFAEL. ¿Por tu madre?

PAQ. Demasiado lo sabes. Yo no te lo he dicho, pero sabes que he luchado desesperadamente: todo lo que un sér débil cómo yo puede luchar y mucho más. ¡Te hirieron!... ¡me aseguraron que quedabas inútil para la gloria... y para el trabajo!... ¡yo no lo creí!... ¡fuí á verte una vez, dos... no sé cuántas!... ¡Delirabas... no me conociste... habían dicho verdad!

RAFAEL. En eso siempre se dice verdad.

PAQ. Don Zacarías tuvo que marcharse... quedamos en la calle...

RAFAEL. ¿Y entonces volviste al nido de don Pantaleón y á los reclamos de don Remigio? ¿No es eso?

PAQ. Si sabes que no, ¿por qué me atormentas?

RAFAEL. Yo no sé nada.

PAQ. ¡No; luché todavía: luché como deben luchar los que se ahogan, á ciegas, á sacudidas, á manotazos! ¡Quise trabajar... trabajo estéril, que todo el mundo rechaza! ¡y es que no se trabaja con el alma, sino con las manos, y mis manos son débiles y torpes! ¡no sé

hacer nada! ¡no puedo hacer nada! y lo poco que hago, ¡es tan malo!

RAFAEL. ¡De eso sé yo mucho más que tú! ¡Pregúntale á ésta lo que ve! (Golpeándose la frente.) ¡pregúntale á esta mano estúpida lo que sabe hacer! Sigue.

PAQ. ¡Y todos los días la tentación: misivas cariñosas de esos! ¡vuelve, vuelve, Paquita! La tentación cuando teníamos hambre: «¡os espera á tí y á tu madre la mesa puesta!» Y yo: «no tengo hambre.» La tentación cuando sentíamos frío: «¡os espera á tí y á tu madre la chimenea encendida!» Y yo: «¡no tengo frío!» La tentación cuando el casero nos echaba: «¡os espera aquella casa en que habéis pasado tantos años!» Y yo: «¡no la quiero: ya no está allí mi Rafael!»

RAFAEL. ¡Paquita!

PAQ. Sí, llora, llora... si veo que estás llorando.

RAFAEL. ¡Esta mano imbécil ni sirve para secar las lágrimas! (Secándose torpemente con la mano izquierda.)

PAQ. Y ya lo has oído, decía: «Yo no tengo hambre; yo no tengo frío; yo no quiero aquella casa...» ¡Yo!... ¡Pero y mi madre! ¡Mucho la he hecho sufrir por tí! ¡No, para esto no hay derecho, Rafael: no hay derecho!...

RAFAEL. Sigue, ó acaba, ó haz lo que quieras.

PAQ. ¡Acabar! No acabaría nunca. Una noche... ya tarde: noche muy fría, y la luz se apagaba y no tenía otra: mi madre se sintió peor: el ataque venía, ¡venía formidable, mortal! Miré á la botellita de la medicina... como aquella, ¿ves? (Señalando á una mesa.) ¡Vacía! ¡Qué cosa tan prosaica! ¡Una botella vacía! Pues era una sentencia de muerte: un cuerpo vacío de alma. Miré alrededor... no había nada que vender ó que empeñar. ¡Sentí que me volvía loca! Con una mano apretaba el cristal, con la otra el brazo desnudito de mi madre: en el cristal no se clavaban mis uñas, en la pobre carne de mi madre, sí. Mi madre me miró con el cristal de sus ojos más empañado que el cristal de la botella: yo temblaba: me castañeteaban los dientes,

y al fin dije, no sé para quién, porque nadie me oía: «venderé mi alma, venderé el alma de Rafael, pediré limosna, pero este frasco vendrá lleno.» La luz se apagó, y yo, á tientas, sin tropezar con nada, porque no había nada, salí del cuarto y me eché á la calle, como me hubiera echado en un abismo, ó en el mar, ó en la nada.

RAFAEL. No sigas.

PAQ. Es preciso. Iba por las calles... no sé cómo: como en sueños: con el frasco en la mano, mirándolo de cuando en cuando á la luz de un mechero á ver si estaba ya lleno. Los que pasaban me observaban con curiosidad. ¡Yo de todo esto conservo imágenes vagas! Un hombre, creo que era un viejo con anteojos, me dijo: «¡chiquilla, bonita!» y se acercó. Yo le di en la cara con el frasco, diciéndole: «¡es para mi madre!» y le rompí los espejuelos: se quedó maldiciendo. Una mujer me dió diez céntimos: la medicina costaba dos duros. Un cochero de punto que tomaba café, me gritó: «Ven que te llene el frasco de café, moza salada.» Me dió miedo y corrí: un perro me seguía: la rueda de un coche me rompió el frasco y yo me eché á llorar gritando: ¡perdida la medicina, perdida mi madre!... ¡madre... madre mía!

RAFAEL. He dicho que no sigas.

PAQ. He dicho que es preciso. Se reunió gente, y todos hablaban: «¿Por qué llora?» «Dice que porque ha roto el frasco y ha perdido la medicina para su madre.» «Es mentira, si estaba vacío.» «¡Farsa para sacar cuartos!» «¡Avisar á un municipal!» Me dió un miedo horrible. «¡Si me cogen presa, Dios mío, si me cogen presa!» Y eché á correr, apretando en una mano el cuello roto del frasco y en la otra los diez céntimos. ¡Veía delante á mi madre muriendo! ¡y á mi lado á don Remigio haciéndome muecas! ¡y oía detrás gente que corre! No sé cómo entré en esta casa: no sé lo que dije: creo que dije: «dinero para la medicina, y me

caso!» ¡Por dos duros te he vendido, y he vendido mi alma, y he vendido nuestra felicidad! ¡más barato no puede ser! ¡Y ahora, has de mí lo que quieras! (Cae en un sofá.)

RAFAEL. ¡Ah! ¡la vida! ¡la vida! ¡si yo tuviera los dos brazos para cogerla! (Levantando el brazo izquierdo y apretando el puño.)

PAQ. ¡Ahora di lo que soy! ¿Una desdichada? ¿Una imbécil? ¿Una loca? ¿Una infame? Dílo. ¿Qué quieres que haga? ¡Olvidaré todo lo que he prometido! ¡Todo! ¡Manda y te obedeceré! ¡No puedo más!

RAFAEL. ¡Eres un ángel! ¡Y yo un egoista! Anda, haz lo que debas hacer: cásate: para morirnos los dos, siempre hay tiempo. (Cae en otro sofá.)

PAQ. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡No es ironía! ¡es que lo creo! ¡Yo no puedo nada! ¡yo no sirvo de nada!... No sirvo más que para quererte, y siempre te querré.

PAQ. ¿Me permites casarme?

RAFAEL. Sí.

PAQ. ¡Pues valor!

RAFAEL. ¡Pues á ello!

ESCENA VI

PAQUITA, RAFAEL, DON MIGUEL y DON LINO

MIGUEL. (A la criada.) No nos anuncie usted... ya conocemos el camino. ¡Paquita!... ¡Rafael!...

LINO. (¡Mal encuentro!) (Aparte á don Miguel.)

MIGUEL. (¡Desagradable por lo menos!) (Aparte á don Lino.)

PAQ. Voy á avisar que están ustedes aquí.

MIGUEL. Como testigos... de su felicidad.

LINO. ¡De su felicidad!

PAQ. ¡De mi felicidad!... ¡Sí!... ¡Cierto!... ¡ellos sí!... Pero tú... Rafael... vete ¡vete, por Dios!... ¡Tú, Rafael, no quiero que seas testigo de mi felicidad!... (Dice esto como le parezca á la actriz. Sale.)

ESCENA VII

RAFAEL, DON MIGUEL y DON LINO

Rafael sentado en un rincón.

MIGUEL. ¿Se siente usted mejor? (A Rafael.)
RAFAEL. Sí.
LINO. ¿Pero el brazo?
RAFAEL. Perdido.
MIGUEL. Tal vez recobrará usted con el tiempo...
RAFAEL. Nunca.
MIGUEL. Deploro el accidente.
LINO. Lo deploramos todos los amigos del arte. Es una verdadera pérdida...
RAFAEL. ¿Para el arte?
LINO. ¿Por qué no?
MIGUEL. Usted pensó siempre que éramos sus enemigos. Gran error, querido Rafael. Nosotros... ¿verdad? (A don Lino.) reconocíamos en usted talento.
LINO. ¡Mucho talento! Extraviado á veces...
MIGUEL. Los ímpetus de la juventud.
LINO. Yo siempre le he dicho á don Miguel que usted iba á ser un gran artista.
MIGUEL. No tiene duda. Y yo siempre le decía á don Lino: hostíguele usted, hostíguele usted, para que se corrija y para que se crezca.
LINO. Pero hoy es distinto. Nosotros no nos encarnizamos con el vencido.
RAFAEL. Ya muerto, ¿para qué?
MIGUEL. Sabemos hacer justicia cuando llega la hora.
LINO. Siempre hacemos justicia del mismo modo.
MIGUEL. Hoy tiene usted todas nuestras simpatías.
LINO. Que las reservamos para estas ocasiones.
MIGUEL. ¡Y pensar que el que le ha inutilizado á usted, á un joven de tan brillante porvenir, es *todo un mentecato!*

LINO. Y un cobarde. Acertó por casualidad; porque le temblaba la mano.

RAFAEL. No me abrumen ustedes con su simpatía.

MIGUEL. Repito que deploramos...

RAFAEL. Lo creo. Conmigo ya se acabó. Ahora con aquélla. Aquélla falta.

MIGUEL. Comprendemos su pena de usted; ¿por qué no se retira usted, Rafael?

RAFAEL. Era, como ustedes dicen, un gran artista, y me gusta saborear los grandes dolores.

ESCENA VIII

RAFAEL, DON MIGUEL y DON LINO; PAQUITA y DOÑA ENCARNACIÓN, con mantillas. DON PANTALEÓN y DON REMIGIO

REM. Ya estamos todos.

MIGUEL. Ya estamos todos.

PANT. Nada de saludos: ya nos saludaremos por el camino á la iglesia.

ENCARN. (¡Está Rafael allí!) (A don Pantaleón.)

PANT. (No te des por entendida.) Conque vamos allá; abajo esperan los coches.

ENCARN. ¿Conque vamos, monina? (A Paquita.)

PAQ. ¡Vamos!

PANT. Apóyate en mí... (A Paquita.)

PAQ. En nadie. Sola. Tengo fuerzas todavía. ¡Yo la primera!

RAFAEL. Y yo el último. Esperaré en la escalinata de la iglesia con los mendigos.

REM. (¡Impertinente!)

PANT. (No contestes.) (A doña Encarnación.) Pues vamos... vamos: que se hace tarde.

ESCENA IX

DICHOS; DOÑA DOLORES, en la puerta de la derecha, muy pálida, muy débil, apoyándose en el quicio de la puerta.

DOL. ¡No!... ¡Esperad!... ¿Adónde vais?

PAQ. (Corriendo á ella.) ¡Madre!... ¡Madre mía!

DOL. ¿Adónde vas, Paquita?

PAQ. ¿Por qué?... ¿por qué lo preguntas? (Fingiendo alegría entre lágrimas.)

DOL. ¿Por qué lloras?

PAQ. No lloro.

DOL. ¿Adónde vas?

PAQ. ¡A la iglesia! (Angustiada.)

DOL. ¿Todos?

PAQ. Sí... todos... Todos, no: nosotras.

DOL. ¿A qué?

PAQ. ¡A la función!... ¿No es verdad? (A doña Encarnación.)

ENCARN. Sí.

DOL. ¡Calla! (A doña Encarnación.) ¿Qué función? (A Paquita.)

PAQ. ¡No sé!

DOL. ¿Pues por qué vas?

PAQ. ¡Porque me llevan! (Con angustia suprema: no puede contener las lágrimas.)

DOL. ¡Rafael!

RAFAEL. ¡Señora!

DOL. ¡Aquí! (Se acerca.) ¿Tú vas también?

RAFAEL. ¡No!... ¡Sí!... ¡Con ella!... ¡Con todos!... ¡No sé!... ¡Déjeme usted!

PANT. Yo te explicaré.

DOL. No. No os acerquéis vosotros. Venid conmigo. (A Rafael y Paquita.) Aquí ocurre algo: yo quiero saberlo. Conmigo... allá dentro... vosotros dos... que no venga nadie más: yo mando todavía en mi hija... Vosotros... si queréis... á la iglesia... Mi hija... conmigo... vamos... vamos... sostenedme... sostenedme...

ESCENA X

DOÑA ENCARNACIÓN, DON PANTALEÓN, DON REMIGIO, DON MIGUEL y DON LINO

REM. Pero ¿por qué se la lleva doña Dolores?

ENCARN. No sé: habrá comprendido algo y querrá...

PANT. Dar su bendición á Paquita.

MIGUEL. Es natural.

REM. Pues iré yo.

PANT. Usted no.

REM. ¿No teme usted que Dolores nos traiga alguna dificultad?...

ENCARN. ¡Ella! ¡Una pobre mujer enferma, moribunda casi! ¿Qué puede ella?

LINO. Mucho tardan. (Se oyen llantos y gritos.)

REM. Para echar una bendición no se necesita tanto tiempo.

MIGUEL. ¿Qué es aquello? ¿Oyen ustedes? ¡Gritos! ¡llantos!

PANT. Anda á ver qué ocurre. (A doña Eocaroación.)

ENCARN. Yo no. Entra tú.

REM. ¡Entraré yo!

PANT. No: quieto. Paquita viene... algo ocurre...

ESCENA XI

DICHOS y PAQUITA

Paquita entra sin mantilla: el peinado descompuesto: como loca. Se precipita á todos los muebles, á todas las mesas, buscando la medicina sin encontrarla: movimieoto en los demás como para ayudarla. Esta salida dificilísima, queda encomendada á la actriz.

PAQ. ¡Se muere!... ¡se muere!... ¡el accidente!... ¡la medicina!... ¡el frasco!... ¿dónde está?... ¡Aquí no!... ¡aquí tampoco!... ¡Quítense!... ¡quítense de en medio! (Tropezando con todos.) ¡Dónde!... ¡dónde!... ¡Si estaba aquí!... ¡Si antes la vi!... ¡Ah!... ¡aquí!... ¡la tengo!...

¡espera!... ¡espera!... ¡madre!... ¡madre!... ¡allá voy!... (Sale.)

PANT. ¡Te lo decía!... ¡un entorpecimiento!

REM. ¿Pasará pronto?

ENCARN. Muy pronto. Una ó dos cucharadas, y pasa.

MIGUEL. Un retraso de un cuarto de hora.

LINO. ¿Qué es aquello?

PAQ. (Desde dentro.) ¡Madre!

ENCARN. ¡Un grito!

REM. ¡Sí!... ¡Es Paquita!

PANT. ¡Un grito angustioso!

MIGUEL. ¡Desesperado!

ENCARN. ¡Un grito de muerte!

PANT. ¡Fatalidad sería!

REM. Vamos allá...

PANT. ¡Sí!... ¡vamos!...

ESCENA XII

DICHOS y RAFAEL; después, PAQUITA

RAFAEL. ¡No entren! (Deteniéndoles.) Luego entrarán: ahora oigan.

ENCARN. ¿Acaso Dolores?...

RAFAEL. Lo había sospechado todo: nos preguntó: no sé cómo fué: ni quién se lo dijo: si fué ella... si fuí yo... pero al fin supo la verdad.

REM. ¿Y qué?

RAFAEL. Que dijo muchas veces con una voz que parecía del otro mundo: «no... no... no será: no quiero...» y el ataque con más furia que nunca.

PANT. ¿Y qué?

ENCARN. ¡Acaba!

RAFAEL. Paquita llevó la medicina: no podía perderse ni un segundo. Pero entonces... entonces... doña Dolores con los dientes apretados, dijo... «yo echaré,» y cogió el frasco... lo arrancó más bien de manos de Paquita.

¿Qué pasó por aquella mujer? No sé. ¿Le faltaron las fuerzas? ¿quiso impedir el sacrificio de su hija? ¿dió por Paquita la poca vida que le quedaba? ¡Ya digo que no sé! ¡Se desplomó su brazo como el mío se hubiera desplomado: el frasco cayó y se hizo añicos! Nos miró con una sonrisa muy dulce... y se desplomó ella también.

ENCARN. ¿Muerta?

RAFAEL. Paquita cree que no, y está abrazando y besando á su madre. Yo sé que sí. Entren, entren á separar á Paquita de su madre. Ya no...

PAQ. ¡Rafael!... (Desde dentro.) (Saliendo.) ¡Rafael, ya no te tengo más que á tí!... ¡ya no tengo madre! (Abrazándose á Rafael.)

RAFAEL. (Todos hacen un movimiento para acercarse á Paquita.) ¡Quietos!... ¡no profanarla!... Aunque no tengo más que un brazo, puedo sostenerla. Y si cae, dejadla en tierra: que yo me arrastraré junto á ella. ¡Nosotros los vencidos, en tierra! ¡Vosotros los vencedores, en pie! Pero no tan vencidos, ¡que Paquita ya es mía! Impotentes de la vida, fuísteis poderosos para el mal; pero con todo vuestro poder... ¡os venció la muerte! ¡Paquita, Paquita, destrozados quedamos, pero vivos! Nos amaremos mucho y lucharemos juntos. ¡Y esos!... ¡esos!... ¡podre, al pudridero!

FIN DEL DRAMA

Dos palabras para concluir.

La tesis de mi drama es esta.

En el mundo existe mucha gente que, por su insignificancia ó por sus malas pasiones, son impotentes para todo lo bueno, y que, sin embargo, son poderosísimos para impedir que otros realicen el bien. A esto le llamo *El poder de la impotencia.*

Esta tesis *es rigorosamente exacta*, y miles, y miles, y millones de hechos la comprueban: la comprueba la historia entera: la de la ciencia, la del arte, la de la industria: todas.

¿Quiero significar con mi afirmación que sólo el mal domina en el mundo?

Nada más lejos de mi pensamiento. Yo no soy pesimista: yo soy optimista á todo trance.

Pero si en la guerra algunos valientes llegan á generales, otros valientes quedan en el campo. *Una bala*, que ni tiene el sentimiento del honor, ni es valiente por sí, destruye á un sér noble y valeroso.

En la batalla de la vida, la envidia, el rencor, la chochez, la avaricia, todo lo bajo, todo lo que está todavía *impregnado de la fatalidad física,* puede destruir á seres puros y elevados ó hacer inútiles sus esfuerzos hacia regiones más perfectas, en la vida social al menos.

Ciertos personajes son *balas perdidas* y tienen la fuerza fatal de la materia en movimiento.

Y ahora dos palabras sobre el resultado del estreno: no en son de defensa: sólo para consignar hechos.

El primer acto gustó mucho, no por mérito suyo, sino por bondad del público. Resultaron multitud *de efectos* y se aplaudió unánimemente y con espontaneidad.

El segundo acto gustó más todavía. Fué muy aplaudida la Srta. Guerrero en su parlamento, que dijo con inimitable sentimiento, y fué llamada á escena en el *mutis* en medio de grandes aplausos. La escena del señor Thuillier y la Srta. Guerrero, que por cierto la representaron de un modo admirable, obtuvo, no un aplauso, sino una serie no interrumpida de ellos. Y, por fin, el Sr. Thuillier terminó el acto diciendo su papel con gran vigor y verdadera expresión dramática.

Los aplausos eran generales y entusiastas, y el éxito parecía asegurado. Bien saben todos que no me lo parecía á mí.

En el tercer acto, aunque no cambió la decoración en la escena, cambió la decoración en el público. ¿Por qué? Vamos á verlo.

Con excepción de Paquita y Rafael, todos los demás personajes eran seres más ó menos impuros, más ó menos repulsivos, más ó menos ridículos. ¿Cómo no, si este era mi pensamiento? ¿Había de presentar, dada mi tesis, un coro de ángeles?

No eran malvados de melodrama, *no cometían crímenes*, *ni delitos*, *ni á un juicio de faltas* se les hubiera podido someter. Eran seres tomados de la realidad: yo he conocido muchos de su misma clase: quizá son de los más puritanos en la vida aparente. Pero sin que en la escena cometieran nada contra el Código, es indudable que todos juntos formaban *un fondo de repugnante negrura, sobre el cual se destacaban las figuras martirizadas y doloridas de Paquita y Rafael.*

La impresión sobre el público, no hay que negarlo —yo no niego nunca la verdad,—*era desagradable, angustiosa, penosísima.* ¿Qué remedio, si esta era la idea? Yo no escamoteo nunca un pensamiento para ganar un aplauso. La moral dramática tiene sus leyes.

Bastante hacia con dejar vivos á Paquita y á Rafael: con permitir que se amasen sin obstáculos: con dejarle al pintor su brazo izquierdo, que al fin, pintores hubo también de mano izquierda: y con ofrecer á lo lejos el *cuadro de París* como una esperanza. En materia de concesiones, estas son todas las que pude hacer: terminar el drama en melodrama me fué imposible: á eso no podía resignarme.

A pesar de la impresión repulsiva del último acto, todavía aplaudió el público á la Srta. Guerrero en su *parlamento* (cuando va á comprar la medicina) y en su *salida y mutis* (cuando viene á buscarla); pero es que la actriz había estado verdaderamente admirable; es que había arrancado muchas lágrimas, empezando por las suyas propias; es que con su talento y su prodigiosa ejecución había triunfado un momento de la enemiga general. Eran aplausos á la ejecución, no eran aprobaciones del acto.

Todavía al final hubo aplausos, pero eran ecos perdidos y rezagados de los concedidos bondadosamente á los actos anteriores; y en suma, eran muestras de galantería que yo agradecí muy de veras.

La crítica, con muy contadas excepciones, ha tratado á la obra con todos los rigores propios del caso.

Y nada más, por hoy al menos: afirmo la tesis y afirmo los caracteres: lo demás, á la gracia de Dios.

José Echegaray.

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.

La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
El hijo de don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.
El primer acto de un drama, cuadro dramático, en verso.
El estigma, drama en tres actos y en prosa.
La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
Amor salvaje, bosquejo dramático, en tres actos, original y en prosa.
Semíramis ó la hija del aire (refundición). Drama en tres jornadas, y en verso.
Tierra Baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción).
La calumnia por castigo, drama en prosa, en tres actos y un prólogo.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galería ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libreros ó Agentes.